

LA RESTAURACION

REVISTA POLITICA INDEPENDIENTE.

SUMARIO.

- I.—Una carta atravesada, pág. 433. FRANCISCO DE P. QUEREDA.
II.—La Providencia, pág. 437. FR. VICENTE MIGUEL.
III.—Contrastes sociales.—El Oriente y el Occidente, pág. 447.—El amor pagano y el amor cristiano, 451.—La civilización católica y la civilización filosófica, 455. JUAN DONOSO CORTÉS.
IV.—A nuestros lectores, pág. 459. ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.
V.—Cartas á un estudiante, pág. 465. EUGENIO ESCOBAR Y PRIETO.
VI.—El Jubileo Sacerdotal de Leon XIII y los periódicos católicos españoles, pág. 469. FRANCISCO DE P. QUEREDA.
VII.—Pensamientos político-sociales.—La Religión en la familia y en la Sociedad, pág. 476. AUGUSTO NICOLÁS
VIII.—Progreso del socialismo, pág. 481. EL VIZCONDE DE***
IX.—BIBLIOGRAFIA.—La Jerarquía Católica ilustrada y el Diario del Vaticano, por Francisco Federici.—Publicación mensual de historia contemporánea.—Roma.—Imprenta del Vaticano.—Enero de 1886; pág. 488.—Congreso contra las inundaciones de la región de Levante, celebrado en Murcia durante la tercera semana de Marzo de 1885.—Un volumen de 297 páginas en 4.º menor.—Tipografía de Anselmo Arques.—Murcia, 1885.—Precio, 3 pesetas, 490.—Génesis de la Historia, por el P. Fray Jerónimo de San José, carmelita descalzo, obra publicada por el Marqués de Torres y dedicada al señor Felipe II.—Un volumen, en 8.º, de XLV, 278 páginas.—Imprenta Barcelonesa, 1886, 491. JUSTO BENIGNO.
X.—Pojitas y lágrimas, pág. 492. EL VIZCONDE DE***
XI.—Revista de la quincena.—La verdadera paparrucha, pág. 496.—Bendiciones y maldiciones, 496.—Explicación innecesaria, 497.—El Arzobispo de Manila, 500.—¡Cuatro mil candidatos! 502.—Síntomas graves, 503. JEREMIAS.

FUNDADOR Y DIRECTOR,
FRANCISCO DE P. QUEREDA.

Año II.—Núm. 7.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ DE ROJAS
Calle de Tudescos, 34, principal.
1886.

POLÍTICA DE DIOS

POR

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

Esta conocidísima obra de uno de nuestros mejores escritores, consta de un volumen, en octavo, de 333 páginas y se halla de venta al precio de 1 peseta 25 céntimos, en La Administración de *La Verdadera Ciencia Española*, calle de los Angeles, 14, Barcelona.—Sucursal en Madrid: calle del Arenal, número 15, Librería.

TRATADO DEL MATRIMONIO, DE SUS IMPEDIMENTOS Y DISPENSAS,

POR EL DOCTOR

DON LEON CARBONERO Y SOL,

Director de *La Cruz*.

Esta interesantísima obra, verdaderamente indispensable para los Párrocos, consta de dos voluminosos tomos en cuarto español y contiene todos los Decretos de las Sagradas Congregaciones y la Legislación civil vigente hasta el día, para España y Ultramar, con formularios para todas las actuaciones.

Precio: en España 18 pesetas.—Fuera de la Península 25 pesetas.

Los pedidos, acompañando el importe, al Administrador de *La Cruz*.—Reina 4 Madrid.

RETRATO

DE

DON ANTONIO APARISI Y GUIJARRO

en tamaño igual á los cinco tomos de sus obras para ser encuadrado al frente de ellas.

Lleva la firma del autor, en estampilla, y se halla de venta en las principales librerías católicas de España al precio de dos pesetas, cincuenta céntimos.

Los suscritores á LA RESTAURACION podrán recibirlo por dos pesetas, remitiéndonos directamente su importe en libranzas ó sellos de correos.

HISTORIA

DE LAS

SOCIEDADES SECRETAS

ANTIGUAS Y MODERNAS DE ESPAÑA

Y ESPECIALMENTE DE LA FRANCMASONERIA

POR

D. VICENTE DE LA FUENTE

Dos tomos en 4.º, con 616 páginas el primero y 468 el segundo.

Precio: 10 pesetas en las principales librerías de toda España, é dirigiéndose al autor calle de Valverde, 44, segundo, Madrid.



LA RESTAURACION

AÑO II.

Madrid 5 de Abril de 1886.

NÚM. 7.

UNA CARTA ATRASADA ⁽¹⁾.

EXCMO. SR. D. CÁNDIDO NOCEDAL.

Muy señor mio, de toda mi consideracion y respeto:

Quizás parezca á Vd. cosa rara que yo me permita molestarle con estas líneas, y aún es posible que me lo parezca también á mí, que no sin prévia y muy detenida meditacion se las envío... Y está lo más particular del caso, en que despues de pensarlo mucho, todavía no averigüé si me equivoco; porque de intento no lo consulté con persona alguna, y en la horrenda confusion en que vivimos se me antoja que el ver claro está tan cerca de lo imposible, que para conseguirlo cuasi se necesita un milagro de Dios....

(1) Un año há que esta carta quedó en poder de la muy respetable persona á quien fué dirigida; y como, de una parte, por no haber recibido respuesta alguna, no pasó de un pobre escrito nuestro, del cual nos cabe disponer con absoluta libertad; y de otra, varias de nuestras consideraciones de ayer son hoy oportunísimas á todas luces; parécenos que bien podemos publicarla, accediendo á los deseos de muchos amigos á quienes la hemos leído recientemente. Con esto se demostrará, una vez más, que LA RESTAURACION, fiel siempre á su bandera, há procurado, desde el primer día (huyendo de las exageraciones y de las alucinaciones, que cuando ménos resfrían la caridad), abrir el camino á la gran reconciliacion de hombres y de tiempos, sin la cual veremos nosotros, ó verán nuestros hijos, que no hay humano remedio para España; porque escrito está que todo reino dividido há de perecer. Lo que entonces no se hizo, puede hacerse ahora; y es firmísima opinion nuestra que hay que procurar poner fin, á todo trance, á ese pugilato de Catolicismo, que no nos proporciona más que escándalos para hoy y peligros para mañana.

Pero mi conciencia me dice que dedique á Vd. un ejemplar de ese prospecto, no repartido aún en Madrid, y acierte ó yerre en lo demás, lo que importa es dejar satisfecha á la conciencia.

Ya con la pluma en la mano debo añadir, que dada mi pequeñez y mi buena fé, supongo creerán todos lo que es verdad tan grande como un Templo; á saber: que yo me espanto al considerar que muchos y buenos fieles se encuentran hoy al borde de una sima profunda, sin advertirlo siquiera; y entiendo que, á más andar, se nos viene encima un cataclismo; y hasta me parece oír ya el fatal rumor que, para advertir á los hombres, suele Dios enviar, como triste mensajero de las grandes catástrofes.

Ahora bien: los que, como yo, valen poco, pueden hacer poco, naturalmente; pero los que valen mucho, como usted, pueden hacer mucho, para impedir que lleguen á donde ván á llegar, si Dios no lo remedia, bastantes católicos españoles. Y aquí el *poder* es un *deber*, en concepto mio, que someto al más ilustrado de Vd.

Cuando una familia desgraciadamente se divide, lo que primero hace el amigo, si es de buena sangre; y luego el abogado, si es de buena raza; y despues el confesor, si es de buena ley; y al fin los hombres todos, si son dignos, y leales, y cristianos; es procurar que la desunion no aumente, prohibiendo habladurias, salvando escollos, imponiendo silencio, ocultando miserias, desmintiendo chismes, y evitando dificultades..... Despues, trabajando al espíritu, para que sujete sus pasiones, y castigando á la carne, para que dome sus apetitos, se dá al tiempo lo que es suyo, hasta que una necesidad, ó una casualidad, buscada ó permitida por la Providencia, trae un amigable Componedor, con el hermoso encargo de que la familia dividida vuelva á ser modelo de union, dando buenos ejemplos al mundo y ahorrando mayores castigos al cielo.

Y yo pregunto sencillamente: ¿Por qué no se há de hacer con la gran familia cristiana española, lo que todos los días estamos enseñando, y aconsejando, y predicando, á to-

das las familias pequeñas? ¿Acaso no es el daño mayor, y más necesaria la medicina? Lo que allí es una casa, ¿no es aquí una Nación? Lo que allí exigen intereses y conveniencias particulares ¿no lo imponen aquí los intereses y las conveniencias generales de la Iglesia? Lo que allí puede hacer un Juez, en momento oportuno, ¿no puede hacerlo aquí un Papa, cuyo amor, cuya ciencia, cuya imparcialidad y autoridad ningun buen católico se atreverá á contradecir? ¿Por qué no acudimos, pues, al Vicario de Jesucristo, todos juntos, con nuestras quejas y nuestros temores, con nuestras razones y nuestros votos, con nuestros agravios y nuestras ideas, con nuestros planes y nuestros deseos, con nuestras virtudes y nuestros pecados? ¿No daríamos hoy un espectáculo edificante si todos nos arrodilláramos á los piés del Pontífice preso, para decirle: ahora, que todos cercenan tu autoridad, nosotros venimos á aumentarla; ahora, que todos usurpan tus derechos, nosotros venimos á ofrecerte los nuestros; ahora, que todos menosprecian tus fallos, nosotros venimos á poner en tus manos benditas nuestro pleito, para que definitivamente lo sentencies; y no en tésis general, sino en concreto, punto por punto, duda por duda, idea por idea; y no para que hables como Papa, sino para que como Padre nos aconsejes; y no para interpretar luego tus palabras, sino para recibirlas con espíritu vivo de humildad, y colocarlas por cima de nuestras cabezas, y guardarlas en lo más íntimo de nuestros corazones?

Lleno de buen deseo ¿no lo dude Vd., por Dios! trazo estas líneas: lleno de buena fé ¡créalo Vd. tambien! me propongo publicar LA RESTAURACION con esa tendencia; y afirmo ¡y no lo juro porque no es caso de necesidad! que nadie absolutamente, en el mundo, sabe que yo escribo esta carta, y á nadie, absolutamente á nadie, leí el prospecto de mi Revista, á pesar de haberme instigado á darla á luz algunos buenos amigos de fuera de Madrid, de esos que verdaderamente oran, trabajan y callan; de los cuales nadie hace caso, aunque abundan, entre los españoles, mucho más de lo que parece.

Pocas palabras para concluir, Sr. D. Cándido.

Si Vd. encuentra esta carta fuera de camino, déla usted por no recibida y condénela al fuego; mas si, por ventura, vislumbrase en ella algo que convide á la meditacion, medite Vd.; que su ciencia y su experiencia, pensando en Dios, le hán de inspirar seguramente muy grandes cosas.

Y de todas maneras perdone Vd. la molestia que le há causado su atento seguro servidor

Q. S. M. B.

FRANCISCO DE P. QUEREDA.

Madrid 18 de Marzo de 1885.

LA PROVIDENCIA.

Cum sublevarset oculo Jesus, et vidisset quiam multitudinem maxima venit ad eum dixit ad Philippon, Unde enim venies ut manducetis? — (Joann., VI, 5.)

I.

Esa muchedumbre inmensa, que siguiendo los pasos de Jesucristo, vemos internarse en el desierto, obligada de sus más urgentes necesidades ó persuadida de que habia Él de remediarlas, nos ofrece un cumplido modelo de abandono á la Providencia. En medio de las rigurosas privaciones á que la reduce, por espacio de tres días, su anhelo de seguir á Jesús, olvida toda inquietud cuando vé á ese Salvador adorable fijar en ella unos ojos que respiraban la compasion y la ternura, y anunciarla en esta sola mirada lo que debia esperar de su poder y de su amor. En las adversidades que nos saltean en el camino de la vida, ¿debiéramos dar entrada en nuestros pechos á la desconfianza y al temor, cuando sabemos quién es el que vela en nuestra defensa, y que no nos deja luchar alguna vez contra la injusticia y los reveses, sino para inspirarnos una fé más firme en su asistencia y una admiracion más viva á su poder? Porque la inquietud paternal de Dios nos sigue sin cesar en este mar tempestuoso del mundo, donde nos aguardan tan negras tempestades y donde abismos tan profundos amenazan tragarnos; y mientras que andamos errantes, al parecer, á merced de las olas y de los vientos, la Providencia, siempre atenta, tiene el ojo abierto sobre nuestros peligros, calma, cuando es tiempo, el furor de la tormenta, ó sírvese de la misma para impelernos al puerto con más presteza.

Y á pesar de ello, y aún á despecho de pruebas sin número de su solicitud, apenas la adversidad viene á probar nuestra confianza, se nos vé, pasajeros pusilánimes, dejar caer nuestros brazos de desaliento en vez de levantarlos hácia esa Providencia que nos presenta su socorro; ó quizá en los accesos de un furor desesperado, acusar con blasfemias

á ese Piloto invisible y ultrajar su vigilancia. No le basta á la Religion tener que sufrir los embates de sus enemigos declarados, sino que todavía há de ver, entre sus mismos hijos, á hombres de poca fé, que ora fatigados de la tribulacion, ora aturridos por desastres inesperados, ora oprimidos por los malvados, ora no recogiendo de la virtud otros frutos que el desprecio y las lágrimas, osan culpar á la misma Providencia, pidiéndola cuenta de sus consejos y calumniando su sabiduría.

Impongamos silencio, si es posible, á estas indignas sulevaciones, mostrando, que los males de la vida presente, no pueden excusar las quejas contra la bondad de Dios, y que, aún las desgracias, que á las veces aflijen á la virtud, no pueden autorizar las murmuraciones contra la justicia de la Providencia.

II.

Entre las quejas y los gritos que arrancan de tantas bocas los males de la vida presente, basta para justificar la bondad de la Providencia, detallar sus beneficios y explicar el secreto de sus rigores.

Segun el testimonio del Espíritu-Santo, es una máxima constante, entre los soberanos de la tierra, que en el arte de reinar, la primera ciencia es saber callar y envolver en un silencio impenetrable sus empresas y proyectos. *Sacramentum regis abscondere bonum est.* Un Rey sábio, contento con asegurar el reposo de sus pueblos, y mostrar en la felicidad de ellos la irrecusable prueba de la equidad de sus leyes y de la profundidad de sus consejos, aparta de las miradas de una curiosidad indiscreta, ó de las censuras de una presuncion temeraria, todos esos resortes ocultos que mueven su imperio sin conmoerlo y con movimientos diversos mantienen su harmonía. Pues esto que la prudencia aconseja á los poderes humanos, la dignidad lo exige de esa Majestad más alta, que reina sobre los Reyes; y si el sentimiento de su flaqueza aconseja á éstos la reserva y circunspeccion en sus proyectos, el Árbitro Soberano del universo debe á su gloria el mostrar su independencia, encerrando en lo más recóndito de su santuario los secretos de su Divino Gobierno. ¿Quién, pues, acusará con justicia su silencio? ¿Y quién será el temerario que trate de sondear los abismos de esa ciencia

profunda, ó no temerá insultarla con sus desconfianzas y sus quejas? Sin embargo, Dios no há dejado á su Providencia sin testimonio, y su mano ha impreso en todas sus obras las señales de esa inteligencia infinita, que despues de haber llamado las criaturas de la nada al sér, las conserva con su bondad, las enriquece con sus beneficios y las conduce á su fin, con tanta suavidad como fuerza. ¡Cuán maravilloso órden en este vasto universo! ¡Cuán constante regularidad en sus leyes! ¡Con cuánta riqueza la Providencia adorna sus obras! ¡Con cuántas gracias sabe hermosearlas! Ella há trazado á los globos, que giran sobre nuestras cabezas, la invariable ruta que deben seguir; ella dá á nuestra tierra su fecundidad y sus risueños colores; ella sustenta al leon del desierto y no olvida al insecto, á quien le basta una brizna de yerba; ella sostiene los cedros que desafian los siglos y vela sobre la flor que dura un solo día: todo cuenta su sabiduría, todo pregona su magnificencia, todo nos habla de su amor.

Ello no obstante, es tan grande nuestra flaqueza, ó tal nuestra ingratitud, que en medio de la brillante luz que esparcen sobre este universo los ricos dones de Dios basta una nube pasajera para obscurecer nuestra fé, y con desprecio de sus inestimables beneficios, bastan algunas privaciones para excitar nuestro despecho, algunas penalidades para levantar contra ella nuestros clamores: el uno, si experimenta las estrecheces de la necesidad, murmura contra los rigores de la Providencia; el otro, si la tempestad destruye sus cosechas, la tacha de indiferencia y de olvido; éste, si la enfermedad le retiene largo tiempo postrado en el lecho del dolor, la acusa de crueldad; aquel, si una muerte temprana viene á robarle el objeto de su amor, blasfema contra sus decretos. ¡Desacordados, que ocultos en un rinconcito de este mundo quieren abarcar toda su extension, cuando su vista está circunscrita en un estrecho horizonte; ó que midiendo por su interés los designios de Dios no reconocen su liberalidad sino en su abundancia, su justicia sino en su prosperidad, su amor sino en su bienandanza!

No es posible, sin cometer un crimen, murmurar de la Providencia; pues no hay criatura que á cada día, á cada instante, no justifique sus caminos y atestigüe su ternura. Si mientras sus manos liberales se abren sin cesar para bendecir cuanto respira, gemimos en el desamparo; si, en las adversidades que nos prueban, no vemos lenitivo á nuestra

amargura, ni término á nuestro dolor; busquemos en una resignacion humilde, y en las santas verdades de la fé un consuelo á los infortunios; pero no nos agitemos vanamente por penetrar la noche que cubre sus decretos, y sobre todo no vayamos, con sacrílega audacia, á citar sus leyes á nuestro tribunal, y tacharlas de injustas. Por sensibles que sean los males, por vivos que sean los dolores, la Providencia há hecho bastante para comprimir las murmuraciones, y rodeándonos del espectáculo de la universal benevolencia, deja sin excusa al temerario que quisiera descorder el velo con que á las veces se complace en encubrirse; ó en los bienes sin cuento que prodiga al universo, se negará á oír una voz elocuente, que refuta todas las objeciones, y acalla todas las quejas.

¿Pretendeis imponer á la Providencia la obligacion de libraros para siempre del dolor ó de los reveses, y que si alguna adversidad viene á turbar el pacífico curso de vuestros años, en el mismo instante pierda á vuestros ojos el fruto de los beneficios que há derramado sobre toda vuestra vida? ¿Por un bien que os arrebatara, olvidareis todos los que aun os conserva? ¿Por una enfermedad que deja sufrir á vuestro cuerpo, olvidareis ese vigor que tanto tiempo le prestó, para arrostrar los peligros á que le exponian vuestro valor y vuestros trabajos, algunas veces vuestra imprudencia y no pocas vuestros excesos? ¿En favor de tantos dias serenos como há hecho amanecer para vosotros, no podreis perdonarle una tempestad? ¿O bien un año de esterilidad bastará á borrar la memoria de diez años de abundancia? Nó, no hay hombre que en sus infortunios presentes pueda hallar un pretexto para formar, contra la Providencia, injuriosas reclamaciones; no hay uno que no haya recibido de esa mano generosa prendas de bondad, que le prohiben para siempre la más ligera queja en medio de los más rigurosos contratiempos.

La Providencia no es como esos bienhechores cuyo interés llega á desmentirse, y que no tienen sino antiguos títulos á la gratitud. Para merecer la nuestra, la Providencia no há menester nunca recordar sus dones, porque su bondad no resplandece ménos en los rigores de que nos quejamos, que en los beneficios cuyo precio conocemos. ¿Acusaríamos la ternesa de una madre por los gritos de un hijo á quien ella acaba de arrancar el hierro mortífero, de que su inexperiencia le preparaba á hacer un uso funesto? ¿La ape-

lidadaremos cruel, porque sin cuidarse de su despecho y de sus lágrimas arrebató á su imprudente avidez un brevaje mortal disfrazado con pérfidas dulzuras? ¿O bien si le prohíbe, severa, cojer flores en la pendiente de un abismo profundo, dudaremos por eso de su amor? **Nó**, no hay corazón que se equivoque acerca de esas severas apariencias, de ese lenguaje imperioso, de ese semblante amenazador; no hay corazón que no adivine el secreto de esa insensibilidad. Reconozcamos en esta imágen la injusticia de nuestras quejas y la misericordiosa inflexibilidad de la Providencia.

¿Quién es ese hombre á quien la pérdida de su fortuna há llenado de consternación y sumergido en dolor profundo? Es un niño, que con auxilio de un despreciable ceno construía un frágil edificio y ponía en levantarle todo su afecto y sus cuidados. La Providencia es una madre que sin atender á sus reclamaciones há derribado esos indignos entretenimientos, para atraerle á pensamientos más cuerdos y á más altas meditaciones.

¿Quién es esotro á quien acaban de arrebatar sus dignidades y su brillo, y llora su desgracia en tan largos pesares? Es un niño, que no se inquietaba en manera alguna de los progresos siempre crecientes de un temor funesto. La Providencia es una madre que por medio de una picadura saludable excita sus ayes, pero asegura su vida.

¿Quién es ese arrebatado en la flor de la edad, y cuyos talentos y virtudes no há querido respetar la muerte? Es un niño que se empeñaba en un camino largo y cercado de precipicios. La Providencia es una madre que le há tomado en sus brazos, para ahorrarle la fatiga y los peligros del viaje, y llevarle de un golpe al cabo de la carrera.

¿Qué son, en suma, todos esos hombres á quienes vemos agitarse bajo la mano de la Providencia y desatarse en quejas contra sus decretos? Son niños atormentados por la inconstancia de los deseos, por la presuncion de las esperanzas, por las nécias pretensiones del orgullo. La Providencia es una madre, cuya ilustrada ternura desdeña sus caprichos, enfrena su petulancia, castiga su indocilidad.

Frecuentemente los rigores de la Providencia sirven en sus designios, para realzar á nuestros ojos el precio de sus beneficios. Reconocemos más seguramente su mano, cuando en lo recio del infortunio viene á asombrarnos súbitamente con favores inesperados, y la alegría cuando sucede á largas tribulaciones, hace subir más ardiente hácia esa

bondad auxiliadora, el tributo del amor y del agradecimiento. Si á la manera de este universo visible fuéramos regidos por leyes uniformes, y las mismas causas produjeran siempre los mismos efectos, asistiríamos á este espectáculo sin sorpresa ni interés. El órden moral, si fuera constante como el de la naturaleza, no encontrara en los corazones más que indiferencia y letargo. Es preciso, pues, que de tarde en tarde, la Providencia nos despierte con golpes ruidosos, y nos fuerce, mal que pese á nuestro endurecimiento, á reconocer su poder y bendecir su misericordia.

Jamás nuestro espíritu se siente penetrado de asombro más profundo, ni nuestro corazón de más vivo enternecimiento, que cuando turbando todos los pensamientos, y confundiendo todas las previsiones, la Providencia hace suceder á largas amarguras, súbitas prosperidades: así ordena, y de en medio de las contradicciones, tras largos combates y violentas agitaciones, despues de temores realizados mil veces, y de esperanzas mil veces engañadas, estallan de repente, como el rayo del seno de la nube, esos grandes acontecimientos que derriban todos los obstáculos, disipan todos los proyectos y ponen en claro los inefables secretos de su misericordia; así arranca á José de la obscuridad de un calabozo, para colocarle junto al trono; así dispone que Susana sea ya llevada al suplicio, cuando Daniel descubre á la vista de todos su inocencia; así, para librar á los tres jóvenes hebreos, aguarda á que estén en medio del horno que debe consumirlos; así, en suma, á nuestros ojos há dejado subir á su colmo el orgullo y los furores del crimen, para res-tablecer, sin duda con más aparato, la justicia en sus derechos, y dar más firmeza y esplendor á su triunfo.

Pero no basta defender la bondad de la Providencia, contra las quejas que arrancan los males de la vida: es preciso mostrar tambien, que las desgracias que alguna vez afligen á la virtud, no autorizan nuestras murmuraciones contra su justicia.

III.

¡Bajo el imperio de un Dios justo, el crimen triunfante y la virtud desventurada! Hé ahí la gran acusacion contra la justicia de la Providencia; hé ahí la invencible dificultad que los hábiles entre los paganos se transmitieron de siglo en siglo, y para cuya solucion en vano apuraron alternativa-

mente sus sutilezas y sofismas; que este grande y famoso problema la razon humana no puede aclararle, la revelacion sola puede resolverle.

Esa razon, tan miserable como altiva, nunca se muestra mas osada, que cuando turbada por el desorden aparente que reina en la sociedad humana, espantada de encontrar en ella, á cada paso, las desgracias de la virtud y los triunfos del crimen, rompe todas las vallas del respeto y de la dependencia, y osa pedir cuenta al soberano Rey, del gobierno de su imperio y de la sancion de sus leyes. ¡Ah! Forzoso es confesarlo; si vimos al impio indignado de esta indiferencia, que Dios parece mostrar respecto de las cosas humanas, y acusarle de abandono y negar su providencia, tambien el hombre de bien á vista de esta confusion, siente que su fé se conturba y allá en lo interior de su corazon sublévase un cierto sentimiento que quiere inducirle á la murmuracion y rebeldía.

David, aquel Rey tan santo, que hallaba tan gran alegría en cantar las justicias del Señor, y publicar la equidad de sus juicios, al asaltarle esta idea no podia ménos de turbarse y descaecer. Por firme, decia, que esté en mi corazon el propósito de andar por vuestros caminos, ¡oh, mi Dios! mis piés sin embargo, hán casi vacilado, cuando hé visto el triunfo de los pecadores, y la paz de que gozan en el crimen: *mei autem pene moti sunt pedes pacem peccatorum videns.*

Para consolar á los cristianos de su tiempo y fortalecer su fé, conmovida por los triunfos de los bárbaros y los males sin cuento que les seguian, Agustin y Salviano, tomando por su cuenta la causa de la Providencia, sostenian sus derechos contra los murmuradores y justificaban sus consejos con sublimes apologias. ¡Quién nos diera oir sus elocuentes palabras y sus persuasivas exhortaciones! Consuélenos, no obstante, que si no al gran Obispo de Hipona podemos presentar un confidente aún más seguro de los designios del Altísimo, y más hábil defensor de la Providencia. Es Salomon tan justamente celebrado por sus meditaciones profundas y la prudencia de sus lecciones; ó, más bien, es el mismo Espíritu-Santo, cuya inspiracion dictaba á este gran Rey sus inmortales documentos. El es quién vá á revelarnos los secretos de la eterna sabiduría, mostrarnos por qué resortes se gobierna este universo y enseñarnos cuál es el espíritu de esta divina política. "Hé visto, dice por boca del Eclesiastes, hé visto, que bajo del sol, el premio no es para

los más ligeros en la carrera, ni los empleos para los más valientes, ni las riquezas para los más doctos, ni el favor para los más sábios; sino que todo acontece acá, en la tierra, como por acaso y á la ventura. *Sed tempus casumque in omnibus.*" ¡Qué cuadro éste y qué quejas! ¿Son estos los discursos del Eclesiastes, ó no hacemos sino repetir las eternas murmuraciones que excitan, entre los partidarios del mundo, su codicia engañada en sus deseos, su ambicion burlada en sus esperanzas, el despecho de un orgullo, que se há consumido vanamente en largas vigiliias y penosos afanes? Sin embargo, pues que en esta pintura de los males humanos no se trata, á la postre, sino de bienes terrenos, pudiera, al fin, sufrirse este desórden, perdonando las injusticias de esta confusion, que los mundanos llaman fortuna, y dejarla, como ciega que es, echar, sin discernimiento, á los hijos del siglo, sus coronas ó tesoros. Pero, hé aquí, lo que interesa claramente, la justicia de Dios; hé aquí lo que confunde todas las ideas y lo que consterna al hombre de bien; hé aquí, en fin, si se sufre decirlo, lo que pone el colmo al escándalo. "Hé visto (añade el Eclesiastes) que todo acontece igualmente al justo y al injusto, al bueno y al malo, al puro y al impuro, al que inmola víctimas y al que desprecia los sacrificios; que el inocente, en suma, es tratado como el culpable, y el perjurio como el que jura en verdad, *ut perjurus ita et qui verum deierat.*"

¿No es este el espectáculo que tantas veces há conmovido nuestra constancia, turbando el espíritu con ansiedades é incertidumbres, y tal vez levantando nubes en torno de nuestra fé? ¿Y qué concluye, de ahí, el Eclesiastes? ¿Qué consecuencia saca de esta mezcla confusa de bienes y males, de virtudes sin recompensa y de crímenes sin castigo, de todo ese trastorno, de ese caos lamentable? ¿Su corazon se abatirá por una cobarde pusilanimidad? ¿O bien su orgullo irritado se volverá contra Dios, para tacharle de injusticia y calumniar su Providencia? Muy al contrario; aquí, cabalmente, es donde vamos á oírle condenar, con el más inesperado fallo, la temeridad de nuestros juicios y la osadia de nuestra rebelion. Desde el seno de esa noche profunda vá á brillar á sus ojos el rayo de la luz más suave; de en medio de ese desórden vé salir un órden del todo Divino, y en esa confusion obscura halla la manifestacion más brillante de los consejos adorables de la Providencia.—"Y yo hé dicho en mi corazon: un dia juzgará Dios al justo y al injusto, y en-

tonces será el tiempo de toda cosa. *Et dixi in corde meo: justum et impium judicabit Deus, et tempus omnis rei tunc erit.* Hé ahí la verdadera solución de tantas insuperables dificultades, y la justificación, sin réplica, de los caminos de la Providencia. Estas palabras llevan el espanto al alma del malvado, y resuenan dulcemente en el corazón del hombre de bien.

¡La eternidad! ¡Esa es la palabra terrible y consoladora que disipa todas las dudas, que suprime todas las dificultades, que acalla todas las murmuraciones!

Mientras peregrinamos en la tierra, parece como que Dios olvida sus derechos, y se desprende del dominio que tiene sobre el tiempo, para hacer el ensayo de la malicia de los malos, entregando á su poder la hora tan corta de la vida: *hora vestra et potestas tenebrarum.* Pero El entrará al fin en el ejercicio de su derecho; la eternidad, que es el tiempo de Dios, ocupará el lugar del tiempo del hombre, y después de un desorden rápido y pasajero fijarálo todo en el estado de una inmutable estabilidad: *tempus omnis rei tunc erit.*

Mientras vivimos en el mundo, parece como que Dios deja caer, de una mano inatenta, sobre los hijos de los hombres, los bienes y los males, la pobreza y la riqueza, la alegría y la amargura; ó más bien, deja muchas veces al crimen rodearse de gloria y opulencia, y á la virtud desfallecer en la miseria y en el llanto. La eternidad mostrará la estima que tenían á los ojos de Dios unos presentes que prodigaba á sus enemigos, y estableciendo una distribución irreprochable, entre los únicos males reales y los únicos bienes sólidos, asegurará para siempre placeres puros al siervo fiel, y al malo verdaderos dolores: *tempus omnis rei tunc erit.*

Mientras estamos en este valle, nuestra indignación contra el perverso, y la conciencia de nuestra corta duración, nos hacen impacientes del castigo del pecador. Parécenos que la gloria del Señor está en peligro, si sus fechas no alcanzan al crimen á nuestra vista y durante los rápidos instantes de nuestro paso; pero olvidemos los pensamientos de nuestra mortalidad, elevémonos, con San Agustín, hasta la eternidad de Dios, y seamos eternos con El: *jungere aeternitati Dei et cum illo aeternus esto.* La eternidad llevará inevitablemente al culpable al poder de esa mano vengadora; que si Dios aguarda, es porque vé de lejos llegar el día del pecador; si no se apresura, es porque está seguro de obrar; si es paciente, es porque es eterno.

Este Universo visible, cuya belleza ha reconocido el mismo Dios, pregona elocuentemente la bondad y omnipotencia de su autor. ¿Ni cómo pudiera desconocerse una bondad que alimenta los pajarillos, y un poder que rompe contra un grano de arena la furia del mar? Pero otro mundo más digno de los cuidados del Criador, el mundo intelectual y moral, no está aquí bajo, sino en diseño. En la eternidad es donde el Supremo Artífice dará la última mano á su mejor obra, y le asegurará una perfeccion inalterable; en la eternidad veremos, por qué los gritos de la virtud eran los únicos á que su oído parecia insensible, y las hinchadas olas del orgullo las únicas que su brazo no enfrenaba.

La Providencia de Dios es la generosa dispensadora de los milagros de su poder y de los tesoros de su misericordia; todos los corazones deben inflamarse al recuerdo de su amor, y toda lengua debe publicar su largueza, y los desvelos de su maternal solicitud. Dios vela, sin cesar, sobre este dilatado universo, y une todas sus partes con invisibles lazos, manteniendo ese órden invariable que siguen sin cansarse las innumerables criaturas, que su brazo señorea y dirige su mirar; pero en medio de tantos cuidados, al hombre señaladamente le distingue con la ternura y para él derrama, con profusion, inagotables tesoros de magnificencia. La infancia le debe sus encantos, la juventud su ardor generoso, la ancianidad su prudencia y la majestad de sus cabellos blancos. Esa Providencia enjuga las lágrimas de la viuda, oye los clamores del huérfano, dá reposo al viajero fatigado, y en sus brazos, el marinero batido por la borrasca, encuentra al fin un asilo. Cierto es que á las veces parece que se cura poco del triunfo del crimen y de las humillaciones de la virtud, pero no hay que creer en esta aparente indiferencia. La Providencia de Dios juzgará un dia su causa, y ningun escándalo quedará sin castigo; en la eternidad cesará toda lucha desigual y allí encontrará su término; para el pecador, en humillacion perdurable; para el justo, en una gloria sin fin.

FR. VICENTE MIGUEL.

CONTRASTES SOCIALES ⁽¹⁾.

EL ORIENTE Y EL OCCIDENTE.

El destino del Oriente era ser vencido por el Occidente; porque escrito está que la materia há de obedecer al espíritu, que la fuerza há de obedecer á la razon, que el número no há de prevalecer sobre la disciplina, que las fuerzas materiales hán de obedecer á las intelectuales, y que el destino, esa divinidad ciega é inexcusable del Oriente, no puede asentar su dominacion sobre la tierra, ese gran feudo concedido por Dios á la libertad humana.

Pero ese gran acontecimiento, que há tenido en expectation á las naciones, debia sujetarse, como todos los acontecimientos humanos, á la ley providencial de la Historia. En virtud de esa ley, la humanidad camina; pero como há de caminar siempre, sin reposarse jamás, y como su camino es ágrío y escabroso, sus pasos son mesurados y lentos. El hombre se apresura, porque siente dentro de sí la voz de su espíritu, que le dice que sólo es dueño de la hora que se desliza y que pasa. ¿Pero por qué se apresuraria el género humano, como se apresura el hombre, cuando tiene delante de sí el oceano de los tiempos, y cuando las fronteras de la eternidad son sus únicas fronteras?

El Occidente debia salir vencedor del Oriente, en tiempo de Alejandro, porque la altura intelectual de la Grecia era un progreso, comparada con el materialismo grosero de los pueblos asiáticos, y la humanidad, entonces como ahora, y como siempre, debia caminar hácia la conquista de sus gloriosos destinos, por el camino del progreso; pero la victoria de la Grecia sobre el Asia no podia ser definitiva, porque la civilizacion de la Grecia no era definitiva tampoco. Una victoria definitiva sólo podia ser el resultado de una civilizacion completa.

(1) Recojidos y extractados de las Obras del Marqués de Valdegamas, por el Director de LA RESTAURACION.

Sin embargo, las conquistas del generalísimo de los griegos no fueron estériles: con ellas tuvo fin aquel colosal Imperio, que habia pasado á los persas de manos, de los medos, y á los medos de manos de los asirios: de esta manera perdió el Asia aquella fuerza, que consistia en su volúmen, y sin la cual no podia resistir á la civilizacion de los pueblos de Occidente. Por otra parte, los griegos del tiempo de Alejandro, como los franceses del tiempo de Napoleon, al deramarse por el mundo, sembraban por el mundo sus ideas. De esta manera, puesta el Asia en contacto con la Europa, perdió á un mismo tiempo su unidad material y su unidad moral: la material, porque se fraccionó su territorio; la moral, porque se alteraron sus costumbres.

La civilizacion romana fué un verdadero progreso, comparada con la civilizacion griega: su organizacion política era más robusta, su organizacion social más poderosa, su unidad territorial más grande, sus leyes más sábias, sus hombres de Estado más previsores y prudentes.

Los que, en punto á civilizacion, dán la palma á los griegos, sobre los romanos, confunden la civilizacion con la cultura. La cultura es la civilizacion propia de un pueblo de poetas y de artistas; la civilizacion es la cultura propia de un pueblo que se ocupa en resolver graves problemas políticos y graves problemas sociales. La cultura es la civilizacion de un pueblo en su infancia; la civilizacion es la cultura de un pueblo ya adulto y ocupado en pensamientos viriles.

Entre las conquistas del Oriente por Alejandro y su conquista por Roma, hay, pues, la notable diferencia, de que en el intervalo que se advierte entre las dos, la civilizacion propia de los pueblos occidentales habia progresado, y la civilizacion propia de los pueblos orientales habia retrocedido. La primera habia marchado en un constante progreso; la segunda, en una constante decadencia. Esto sirve para explicar por qué la conquista del Oriente, por los romanos, fué más fácil y más bien asentada que la conquista del Oriente por los griegos.

Sin embargo, la victoria de Roma no podia ser definitiva; porque su civilizacion, siendo más avanzada que la de los griegos, no era tampoco completa; así sucedió, que cuando Roma fué señora de la tierra y amarró el mundo al Capitolio, no pudo con sus trofeos: sus hombros no eran hombros para llevar el mundo; su mano no era bastante po-

derosa para llevar el cetro de las gentes; alrededor del Capitolio no cabían las naciones.

Entonces abdicó en mano de los Césares, de quienes fué primero esclava y luego prostituta.

Los historiadores dividen el Imperio: en la época de su engrandecimiento y de su gloria, en la de su declinación y de su oprobio, y en la de su agonía y de su muerte; esta clasificación, considerada bajo cierto punto de vista, es arbitraria. La historia de la República, es la historia del progreso; la historia del Imperio, es la historia de la decadencia de Roma. Cuando la República desapareció, Roma había perdido sus costumbres con sus discordias civiles, origen fecundo, no sólo de grandes desastres, sino también de grande inmoralidad para los pueblos. Cuando la República desapareció, Roma había visto profundamente alteradas sus ideas con el progreso de la filosofía materialista de Epicuro. Señora del mundo, desde los tiempos de Sila, alteradas las ideas y las costumbres del mundo romano, se alteraron también sus creencias religiosas, hasta el punto de recibir con festejos y con honores, casi divinos, á todos los dioses desconocidos de todas las naciones; convirtiéndose así en panteones inmensos los templos consagrados antes á los severos dioses de la Etruria.

Roma, que había perdido sus ideas, su religión y sus costumbres, perdió también sus magníficas instituciones. El poder monárquico y el poder republicano pueden ser legítimos, porque pueden asociarse á la idea del derecho; pero el poder de los Emperadores, sostenido por los pretorianos, y salido, armado de todas armas, del Pretorio, como Minerva de la cabeza de Júpiter, era un hecho monstruoso, absolutamente separado de la noción de la legitimidad; un hecho monstruoso, monstruosamente producido por la fuerza.

Desde que Roma se sujetó á ese hecho, la santa noción del poder político y social desapareció de las sociedades humanas: un Emperador no era un Rey, ni era un Cónsul; no era un dios, ni era un hombre.

Los Emperadores, sin adquirir nada de divino, perdían todo lo que tenían de humano, al subir al Capitolio: abortos de la fortuna, al poner el pié sobre las gradas del Trono, se sentían poseídos de un vértigo y tocados de demencia.

Roma era, á la sazón, una vil prostituta que se compraba y se vendía: su cetro y su corona estaban en el mercado:

(1886.—TOMO I.—32)

los pretorianos eran los mercaderes; y los sirios, los árabes y los godos, fueron los compradores.

No hubo nacion bárbara, que no enviase alguno de sus hijos para que pusiera el pié sobre la cerviz de Roma; de Roma, temida antes de las naciones, y ya fábula y ludibrio de las gentes.

No pudiendo Roma por sí sola con el peso del orbe, dividió su principado: entonces hubo dos Romas y hubo dos Imperios; la Roma oriental y la Roma occidental; el imperio de Oriente y el imperio de Occidente.

Ni aun así pudo conservar su dominacion, ni defender sus fronteras: Dios soltó contra ella la represa de su ira, y confió el ministerio de su venganza á pueblos sin nombre, desprendidos del polo, para lavar, con torrentes de sangre, las inmundicias de Roma; esa casa de prostitucion y esa cloaca del mundo.

Una nueva aurora lució en la obscuridad; un nuevo sol brilló en los horizontes: el Oriente no se habia sometido definitivamente, ni á la espada de Alejandro, ni á la espada de Roma; como quiera que esas dos espadas pertenecian á dos pueblos, cuyas civilizaciones habian de ser acometidas de disolucion, más tarde ó más temprano, porque eran civilizaciones locales, civilizaciones incompletas. La civilizacion que debia reinar en el mundo, debia ser universal, es decir, fundada en la naturaleza del hombre, puesto que todos los hombres debian someterse á su imperio: esa civilizacion era el Cristianismo.

El Salvador de los hombres habia encargado á sus discípulos que llevasen su palabra á todas las zonas de la tierra: esto consiste en que su palabra se dirigia al género humano, sin distincion de razas y de familias; en que su doctrina era, al mismo tiempo, leche para los niños y pan para los adultos; en que su civilizacion era una civilizacion universal, que no necesitaba del apoyo de la espada, para penetrar en el corazon de las más apartadas regiones.

Sin embargo, el Cristianismo, depositario de una civilizacion universal y completa, y de la verdad absoluta, debia obedecer, y obedeció, á la ley universal, que preside al desarrollo de todos los acontecimientos históricos. Su toma de posesion del Oriente y del Occidente, del Norte y del Mediodía, debia ser segura, pero lenta: el Cristianismo debia pulverizar las civilizaciones antiguas, debia modificar la organizacion de las sociedades, debia dar una nueva direccion

á las costumbres de los pueblos y á las ideas de los hombres; y proclamando la personalidad del esclavo y de la mujer, y destruyendo las barreras que entre las razas de los hombres habian levantado las manos de los hombres, debía alterar la constitucion de los Estados y la constitucion de las familias; pero todas estas alteraciones y mudanzas debian realizarse sin trastornos y sin revoluciones, es decir, con el perezoso transcurso de los tiempos.

El Hijo de Dios pudo rescatar al género humano desde el dia en que Dios puso al hombre en el mundo, como al niño en su cuna, y sin embargo, entre el dia en que perdió el hombre su inocencia y el dia de su rescate, entre el dia en que fué lanzado del Eden y el dia en que con la sangre derramada en la Cruz se escribió el nuevo pacto de alianza, puso Dios muchos siglos.

El Cristianismo comienza por la predicacion; porque antes de todo era necesario que los Apóstoles se revelasen, por medio de la palabra, á la tierra; porque anunciado á las gentes, era necesario que disolviera la antigua civilizacion, y que la disolviera por medio de la discusion, y no por medio de la espada: esta es la época de los doctores y de sus controversias con los filósofos gentiles. Anunciado al mundo como la verdad, y vencedor del gentilismo, era necesario que se constituyera en poder político, religioso y social; porque todos los poderes habian naufragado á un mismo tiempo en el naufragio de la antigua civilizacion, y en el naufragio de Roma: esta es la época de los Pontífices, época en que se restauró la nocion de la autoridad pública en el mundo, y en que comenzaron á adquirir cierta unidad y consistencia las sociedades humanas.

EL AMOR PAGANO Y EL AMOR CRISTIANO.

El amor fué considerado por los antiguos como una insurreccion contra la ley; y como las leyes que establecen las gerarquias son siempre las más importantes para las sociedades humanas, no es de extrañar que el amor, que vulneraba esas leyes, fuese considerado por los antiguos como una calamidad pública, signo cierto de la cólera de los dioses.

La gran Confederacion de los Helenos está á punto de

allanar las murallas de la gran Ciudad de los Pelasgios; pero al sonar la hora del combate, los dioses amigos de Troya envían furtivamente al Amor, que se apodera de Aquiles: Aquiles, olvidado de su gloria, y de la gloria de los suyos, se reposa fieramente en su tienda y vé con ojos tranquilos cómo las espadas fulminantes de los héroes de Ilión siegan las gargantas de los griegos, cual si fueran mieses de los campos. A pesar del estrago común y de la común ruina, Aquiles permanece en ócio torpe, hasta que la sangre de Patroclo pide venganza á los cielos; sólo entonces se levanta el coloso para arrojar su espada invencible, en la dudosa balanza de los destinos del Oriente. De este modo un hombre deshace el maleficio de una mujer; la amistad es más benéfica que el amor: aquella nos viene de los dioses amigos; éste de los dioses contrarios.

Lo que es Briseida para la Confederación de los griegos, es Elena para la ciudad Pelásgica: sus impuros amores son una maldición terrible para Troya: una mujer es criminal, y la ciudad, que la abrió sus puertas y la escondió en sus muros, es impura y abandonada de los dioses: multitud de legiones se lanzan para devorar el seno palpitante de la ciudad maldita. ¡Amor, tú perdiste á Troya! Tal es la exclamación fúnebre, sepulcral, que há llegado hasta nuestros oídos, en alas de los tiempos, desprendida dolorosamente de las entrañas de las pasadas edades.

Eneas há presenciado el incendio de la Ciudad, condenada irrevocablemente por el inflexible destino; y sin una estrella amiga que le guíe, huye lleno de pavor y se abandona en frágil barca, á la voluntad de los dioses, á la volubilidad de las ondas y á la inmensidad de los mares. Los dioses, amigos de los Pelasgos, habían reservado, para que echase los fundamentos de la Ciudad Eterna, al último descendiente de su generosa raza: una mujer le detiene con sus encantos; el amor embarga con deleites sus sentidos y sujeta con redes de oro sus miembros. La intervención de los dioses del Olimpo fué entonces necesaria para arrancarle del seno de la nube misteriosa que ocultaba, con sombra apacible, sus amores, y para hacer que se cumplieran en el mundo los irrevocables decretos de los hados.

Ulises surca las ondas por apartados mares: sobre las tersas aguas tiende su alfombra de verdura una isla perfumada: en esa isla deleitosa, que arrojó un Dios en el desierto de la mar, como una magnífica oasis, vive una mujer

hermosa, que deleita con su voz, que seduce con su canto, que fascina con sus ojos, que embriaga con riquísimos perfumes, y que aprisiona con una cadena de flores al incauto navegante. Jamás el Rey, prudente entre los Reyes, tuvo que luchar con un hado más adverso, ni sintió tocada su nave por un escollo más áspero; el amor, es decir, el embrutecimiento y la muerte, le aguardaban en la perfumada isla de la seductora sirena; sólo el cielo, que se le mostraba apacible, pudo libertarle de los encantos de Calipso, mientras que su sagacidad y su prudencia habían podido libertarle de las asechanzas de los hombres.

El amor, entre los antiguos, fué siempre considerado como un gran atentado contra las leyes, como una inmensa calamidad pública, como un solemne anatema, lanzado contra los pueblos, por los dioses; también lo fué como una desgracia privada, como un principio de grandes y terribles infortunios.

Siendo, la mujer, de una naturaleza inferior á la naturaleza del hombre, su amor no fué considerado solamente como una debilidad degradante, sino como un crimen nefando, que debía expiar con los más punzantes dolores; si á esto se agrega que el amor de la mujer, como condenado por la opinión pública y por las costumbres, debió ser rara vez correspondido, no se extrañará que, falto de correspondencia, es decir, de alimento, degenerase en fiebre interior y en loco frenesí, y que produjera en las entrañas de la mujer los más horribles estragos.

El amor convierte en tigre á Medea y pone en su mano el puñal del parricida. El amor convierte á Fedra en un mónstruo, espanto de los mortales y de los dioses, y la conduce hasta el incesto, hasta el suicidio. Safo ama, y desenfrenada bacante, la hermana de las musas, la señora de la lira, pone horror á las vírgenes de Lesbos. Dido ama, y la Reina de Cartago se arroja como una furia, rodeada de serpientes, en el encendido abismo de la devorante hoguera.

Tal es el amor en las sociedades antiguas: donde quiera que aparece, allí vá con él la cólera del cielo; síntomas siniestros le anuncian; las turbaciones le preceden; los crímenes y los remordimientos le acompañan; los infortunios y las catástrofes le siguen; con él se turban las familias, y se conmueven las sociedades, y vacilan y se desplomán los imperios: el amor en las sociedades antiguas no es nunca el amor; cuando no es el deleite, es un delirio.

La más grande, entre las revoluciones consumadas en los tiempos primitivos, fué sin duda la que transformó de todo punto las relaciones que antes existieran entre la mujer y el hombre. La Religión Cristiana, que colmando los abismos que separaban á las naciones, constituyó á la humanidad una, idéntica, solidaria y responsable; que constituyó la unidad social, allanando las barreras levantadas entre las razas enemigas, humillando á los soberbios y ensalzando á los humildes; que dirigiéndose á los hombres, les anunció que eran hermanos; esa religion no agotó el tesoro de todos sus prodigios, sino cuando mandó á la mujer que se levantara del polvo y se la presentó al hombre diciéndole: hé ahí tu compañera. Entoncés hubo dos leyes santas, desconocidas de los tiempos antiguos: la de la caridad, que ligó á los hombres entre sí, con vínculos suaves; la del amor, que ligó á la mujer con el hombre, en indisoluble lazada.

Dante, príncipe de todos los poetas de la era cristiana, se acoje al amparo de Beatriz, en su peregrinacion portentosa, para que disipando las sombras de su espíritu y las tinieblas de sus ojos, pueda verse circundado, sin cegar y morir, de los divinos resplandores: ella le conduce amorosamente, por aquellas regiones elevadas á donde no alcanzaron jamás ojos mortales, siendo la mujer, de esta manera, el ángel que endereza nuestros pasos hácia Dios, y alumbrá nuestra ceguedad, para que podamos distinguir las maravillas del Cielo.

Sin el amor, Petrarca no hubiera dejado al mundo su melancólico laud y sus suavísimas endechas.

Sin el amor, Torcuato Tasso no hubiera arrojado á los vientos, para que las guardase la historia, las páginas de oro de la Jerusalem conquistada, escritas para la eternidad en los accesos alternados de una fiebre interior y de una sublime locura.

El amor y la mujer: tales son las fuentes inagotables de las inspiraciones más altas, en las sociedades modernas; como en las antiguas lo habian sido los dioses y los pueblos.

Este fenómeno no parecerá extraño si se atiende á que la mujer fué reina en los siglos bárbaros, y á que el amor tuvo, en esos siglos, altares.

Para formarse una idea del imperio que la mujer y el amor tuvieron sobre las costumbres, en los siglos medios, bastará por ahora recordar que uno de los caracteres de la

caballería, institucion política, religiosa y social, que no há sido aun cumplidamente examinada, era el culto rendido por el caballero á la mujer, considerado como principio de todo lo bueno, y especialmente de la elevacion moral, que inclina al hombre que la posee, á las grandes empresas y á las heroicas acciones.

Por eso los caballeros mas valerosos y esforzados imploraron siempre, en medio de los peligros, la proteccion de su dama; por eso, cuando salian vencedores en las lides, ponian ante sus piés, como tributo pagado por su amor, los conquistados despojos: por eso, llevaban á las justas y torneos sus colores, y la rendian homenaje, en sus empresas y divisas; por eso las damas tenian su córte de amor, institucion que las sociedades antiguas no hubieran podido concebir; especie de tribunal en donde la mujer juzgaba al hombre como dueña de su honra, en donde el amor y el ingenio eran feudatarios de la belleza; linaje de Congresos, desconocidos antes, desusados despues, en que se trataba de los hombres por las damas, como de los súbditos por los Reyes.

Por esta razon, un caballero sin dama estaba solo en el mundo, estaba fuera de la humanidad, y cuasi de la ley; como quiera que no tenia quien abogase por él en el augusto congreso, dispensador de la gloria.

Detras de los caballeros y las damas estaban los trovadores, que fiaban á la posteridad, en sus cantos, el valor y el ingenio de los unos, y la belleza de las otras: en los cantos de los trovadores, el primer personaje en la tierra es la mujer, y en el Empíreo la Virgen.

De esta manera, la mujer y el amor, despues de haber sido causa de una revolucion en las costumbres, causaron tambien una revolucion en la poesia.

LA CIVILIZACION CATÓLICA Y LA CIVILIZACION FILOSÓFICA.

El destino de la humanidad es un misterio profundo, que há recibido dos explicaciones contrarias: la del Catolicismo y la de la Filosofia: el conjunto de cada una de esas explicaciones constituye una civilizacion: entre esas dos civilizaciones hay un abismo insondable, un antagonismo abso-

luto: las tentativas dirigidas á una transaccion, entre ellas, hán sido, son y serán perpétuamente vanas.

La una es el error, la otra es la verdad; la una es el mal, la otra es el bien: entre ellas es necesario elegir, con una suprema eleccion, y proclamar en todas sus partes la una, y condenar en todas sus partes la otra, despues de haber elegido. Los que fluctuan entre ambas; los que de la una aceptan los principios, y de la otra las consecuencias; los ecléticos, en suma, están todos fuera de la categoría de las grandes inteligencias, y están condenados irremisiblemente al absurdo.

Yo creo que la civilizacion católica contiene el bien, sin mezcla de mal; y que la civilizacion filosófica contiene el mal, sin mezcla de bien alguno.

La civilizacion católica enseña que la naturaleza del hombre está enferma y caída, y caída y enferma de una manera radical, en su esencia y en todos los elementos que la constituyen: estando enfermo el entendimiento humano, no puede inventar la verdad ni descubrirla, sino verla, cuando se la ponen delante; estando enferma la voluntad, no puede gozar el bien ni obrarle, sino ayudada, y no lo será, sino estando sujeta y reprimida. Siendo esto así, es cosa clara que la libertad de discusion conduce, necesariamente, al error, como la libertad de accion conduce, necesariamente, al mal. La razon humana no puede ver la verdad, sino se la muestra una autoridad infalible y enseñante. La voluntad humana no puede querer el bien ni obrarle, sino está reprimida por el amor de Dios. Cuando la voluntad se emancipa de Dios, y la razon de la Iglesia, el error y el mal reinan sin contrapeso en el mundo.

La civilizacion filosófica enseña que la naturaleza del hombre es una naturaleza entera y sana; sana y entera de una manera radical, en su esencia y en los elementos que la constituyen: estando sano el entendimiento del hombre, puede ver la verdad, descubrirla é inventarla; estando sana la voluntad, quiere el bien y obra el bien naturalmente. Esto supuesto, es cosa clara que la razon llegará á conocer la verdad, toda la verdad, abandonada á sí misma; y que la voluntad, abandonada á sí propia, realizará forzosamente el bien absoluto: siendo esto así, es evidente que la solucion del gran problema social está en romper todas las ligaduras que comprimen y sujetan la razon humana y el libre albedrío del hombre: el mal no está en este libre albedrío, ni en esa

razon, sino en aquellas ligaduras. Si el mal consiste en tener ligaduras, y el bien en no tenerlas, la perfeccion consistirá en no tener ninguna de ninguna especie: si esto es así, la humanidad será perfecta cuando niegue á Dios, que es su ligadura Divina; y cuando niegue el Gobierno, que es su ligadura política; y cuando niegue la propiedad, que es su ligadura social; y cuando niegue la familia, que es su ligadura doméstica. El que no acepte todas y cada una de estas conclusiones, se pone fuera de la civilizacion filosófica; y todo el que, poniéndose fuera de esta civilizacion, no entre en el gremio católico, anda por los desiertos del vacio.

Del problema teórico, pasemos al práctico. ¿A cuál de estas civilizaciones está prometida, en el tiempo, la victoria? Yo respondo á esta pregunta, sin que mi pluma vacile, sin que se oprima mi corazon, y sin que mi razon se turbe, que el triunfo, en el tiempo, será irremisiblemente de la civilizacion filosófica. ¿Há querido el hombre ser libre? Lo será. ¿Aborrece las ligaduras? Todas caerán á sus piés, hechas pedazos. Un dia hubo en que para tomar el pulso á su libertad quiso matar á su Dios. ¿No lo hizo? ¿No le puso en una Cruz y entre dos ladrones? ¿Bajaron, por ventura, los ángeles del cielo, para defender al Justo que agonizaba en la tierra? ¿Pues, por qué bajarían ahora, cuando no se trata de la crucifixion de Dios, sino de la crucifixion del hombre por el hombre? ¿Por qué descenderían ahora, cuando nuestra conciencia nos está diciendo á voces, que en esta gran tragedia ningunos merecen su intervencion; ni los que hán de ser las víctimas, ni los que hán de ser los verdugos?

Aquí se trata de una cuestion muy grave; se trata de averiguar, nada ménos, cuál es el verdadero espíritu del Catolicismo, acerca de las vicisitudes de esa lucha gigantesca entre el mal y el bien; ó como San Agustin diria, entre la ciudad de Dios y la ciudad del Mundo. Yo tengo para mí, como cosa probada y evidente, que el mal acaba siempre por triunfar del bien, acá abajo; y que el triunfo sobre el mal es una cosa reservada á Dios, si pudiera decirse así, personalmente.

Por esta razon no hay período histórico que no vaya á parar á una gran catástrofe.

El primer período histórico comienza en la Creacion y vá á parar al Diluvio. ¿Y qué significa el Diluvio? El Diluvio significa dos cosas: significa el triunfo natural del mal sobre el bien, y el triunfo sobrenatural de Dios sobre el mal.

Empapados todavía los hombres en las aguas del Diluvio, la misma lucha comienza otra vez; las tinieblas se v \acute{a} n aglomerando en todos los horizontes: \acute{a} la venida del Se \acute{n} or todos estaban negros; las tinieblas eran nieblas palpables: el Se \acute{n} or sube \acute{a} la Cruz y vuelve el d \acute{a} a para el mundo. \acute{a} Qu \acute{e} significa esa gran cat \acute{a} strofe? Significa dos cosas: significa el triunfo natural del mal sobre el bien, y el triunfo sobrenatural de Dios sobre el mal.

Esta es, para m $\acute{ı}$, la filosof $\acute{ı}$ a; toda la filosof $\acute{ı}$ a de la historia.

Y no se me diga que si el vencimiento es seguro, la lucha es excusada; porque, en primer lugar, la lucha puede aplazar la cat \acute{a} strofe; y en segundo lugar, la lucha es un deber, y no una especulacion, para los que nos preciamos de cat \acute{o} licos. Demos gracias \acute{a} Dios de habernos otorgado el combate, y no pidamos, sobre la gracia del combate, la gracia del triunfo, \acute{a} Aqu \acute{e} l que en su bondad infinita reserva, \acute{a} los que combaten bien por su causa, una recompensa mayor que la victoria.

JUAN DONOSO CORT \acute{E} S.

A NUESTROS LECTORES ⁽¹⁾.

Há poco más de un año, que con débiles fuerzas, sin duda, pero con leal voluntad y ánimo resuelto, acometimos la publicación de esta Revista. Deseó, aunque en vano, ahogarla en su nacimiento, un Jefe Político, conocido así por sus prendas como por sus faltas, respetable por su infortunio; pero lo que aquel hombre y en aquel tiempo no alcanzó, es muy probable que lo alcance ahora, ahogando nuestra voz, la nueva ley de imprenta. No nos cumple hablar sobre esta ley, en que hallamos algo que se puede defender y mucho que debe censurarse; mas si por acaso no nos fuera dable vencer los obstáculos que crea, por si fuese esta la última vez en que dirijamos la voz á nuestros lectores, séanos permitido satisfacer una necesidad del corazón al darles, tributándoles las gracias, nuestro adios de despedida. Cierto, que há sobrepujado á nuestras esperanzas su grata benevolencia, aunque hasta cierto punto no es extraño, si se considera que no habrán mirado ellos en esta humilde Revista lo que era de nosotros, sino lo que es de todos los tiempos; la verdad que defendíamos.

Tal fué nuestro intento: en época en que dominaba la licencia en la ley, y la tiranía en las autoridades, cuando se obstinaba un Gobierno insensato en aterrar á la Iglesia española para oprimirla, y en oprimirla para separarla quizá de su madre, creimos cumplir con nuestro deber, como españoles, y con nuestra conciencia, como cristianos, saltando á la palestra, para defender la Religión de nuestros padres y la independencia de la Iglesia, para lanzar un grito que á los dormidos despertara, y avigorase en el alma de los despiertos la llama de la fé y el sentimiento de su dignidad. Sabíamos que por el mero hecho de defender la verdad, no faltarian hombres que nos señalaran con el dedo como objeto de persecucion; pero esto no merecia la pena de inquietarnos.

(1) Este escrito, como todos los demás, que hemos publicado y continuaremos publicando, de D. Antoni Aparisi, no figura en los cinco tomos de sus Obras.

Sabíamos que por el mero hecho de defenderla, sin consideración á persona alguna y con toda la energía del alma, habria espíritus bien intencionados, que aconsejados de un miedo vergonzoso, nos tacharan de imprudentes; pero esto podía, cuando más, causarnos lástima.... y siempre nos quedaba para consolarnos el testimonio de la conciencia, asegurándonos que procedíamos de buena fé y anhelábamos la felicidad y grandeza de nuestra pátria, el bien y reconciliación de todos sus hijos, nuestros hermanos. Tal vez en alguna ocasion se podrá acusar de ásperas y sobrado fuertes algunas de nuestras expresiones; más es porque no hallábamos en nuestra lengua otras más propias; es porque no pedíamos gracia, sino justicia; es porque á vista de escándalos, sin nombre, brotaba sangre el corazón; es, en suma, porque podrá sernos fácil hallar, para los caídos, blando y apacible lenguaje, más no encontramos para los que á nombre de la libertad tiranizan, otro que sea digno de ellos, sino el severo é inexorable de la verdad.

Diéramos lo poco ó mucho que nos resta de vida porque nos fuera posible decir en este instante, que despues de atravesar mares borrascosos, vá ya á entrar en seguro puerto la nave despedazada por vientos y olas; que despues de tantas convulsiones y tan sangrientas, despuntan por fin dias de ventura y paz para este Reino, el más hermoso despues del cielo y el más desgraciado de la tierra. Pero no es así: las esperanzas, que osamos abrigar, se ván cruelmente desvaneciéndose, ¿Y por qué adormeceros con ellas, si habíais de encontraros al despertar con realidades espantosas? ¿Veis ese Ministerio? Tiene en su manó la felicidad de la pátria, y sin embargo si sigue en el comenzado camino, vá á comprometer al Trono y arruinar al país. Ha soñado, sin duda, que puede establecerse en España un despotismo semejante al innoble de los doctrinarios en Francia; un órden por medio de las bayonetas; una paz con ayuda de la corrupcion; pero si esto ha soñado, por Dios que miserablemente se equivoca. España es España; y Ministerio que se enagene el amor de los hombres religiosos, vivirá si quereis un día, débil y tiránico, pero vivirá sólo un día. Esos Ministros no se conducen como verdaderos cristianos que con santo anhelo ansian curar las heridas de la Iglesia, y recibir con noble arrepentimiento la bendición de su Jefe augusto; esos Ministros, bien lo veis, regatean miserablemente hasta medidas, que no les comprometieran ni aun con los demagogos, y la Re-

ligion y la Justicia á la par reclaman. Anatematizan á la revolucion y son revolucionarios; niegan el principio y adoptan las consecuencias; desarman, por ejemplo, á la Milicia porque se creen así más seguros, y al mónstruo le dejan devorar, le incitan para que devore, y cuanto antes, unos restos sagrados. No son enemigos, pues, de la revolucion, son enemigos sólo de quienes puedan arrancarles de sus sillas. Mandar, ese es su fin; los medios de que haya de echarse mano, no importa cuáles sean.

¡Oh y ellos alcanzan mucha gloria! Mucha, si se cree á esos periódicos, vergüenza del partido moderado, que, envileciéndose, les incensan. Todos los días, con ansia, con avidez, recorremos sus columnas; codiciamos ensanchar el corazon hallando el acento de los hombres de bien, de los hombres religiosos, y cierto que perdemos el tiempo y encontramos miseria. Esto angustia al ánimo. ¿En quién pondremos, de hoy en adelante, confianza? Los hipócritas, si fuera posible, nos harían dudar hasta de la virtud. Há poco tiempo, cuando estaban todavía caidos, tronando contra el despojo de las iglesias, gritaban: ¡Qué impiedad! ¡Qué atentado contra el órden social! ¡Esa es la mayor de las iniquidades! ¡Jamás la reputaremos ni por hecho consumado!..... Muy bien dicho, muy bien dicho. Mas ¿en qué consiste que ahora, ilustres varones, ni uno solo de vosotros, ni uno solo, pronuncia una palabra, una palabra siquiera, en favor de esa Iglesia, á quien, cuando despojaba Mendizábal, vosotros adorábais? Ahora es otra cosa: no teneis ya necesidad de profanar los nombres y cosas más santas ni de prostituirlos, forzando á la Religion á ser instrumento para combatir á vuestros adversarios; habeis triunfado; haceis bien en quitaros la máscara y respirar libremente. ¡Sin duda os ahogaba! Haceis bien, cuando el ministerio manda vender aprisa, aprisa, los bienes de la Iglesia, para hartar sacrílegas codicias, haceis bien en aplaudirle, hipócritas de patriotismo, y en decir sonoramente que está bien hecho, muy bien hecho. Pero no llevéis á mal que revolviendo con la imaginacion, todas las miserias de esta época, nada encontremos más miserable que vuestra conducta; nadie puede disputaros, ni vuestra nobleza de caballeros, ni vuestro título de católicos. Sin duda para vengaros de los remordimientos de vuestra conciencia, os arrojaís á insultar á periódicos respetables, á quienes uno de vosotros há tenido el noble valor de apellidar jamancios; mas ¿por qué habiaís de

tratarlos con decoro y justicia? ¿No es un crimen, en ellos, haber sostenido los principios tutelares de la sociedad, siempre constantes; y ser incapaces de sacar á subasta sus conciencias, y venderlas al mejor postor? Tampoco nos causara mucha extrañeza, que dijéseis de ellos lo que habeis calumniosamente asegurado de hombres, á quienes debia proteger al ménos, cuando no la gloria, la desgracia, suponiéndolos unidos en inmoral y monstruosa liga con los partidarios de Espartero, para derrocar al poder. Sabed que esto es falso; y sabed, de hoy para siempre, que los verdaderos realistas no hán de seguir el ejemplo que vosotros les disteis, cuando estrechásteis fraternal alianza con quienes llamais ahora revolucionarios de oficio. Hombres religiosos se unirán sólo con los religiosos, monárquicos con los monárquicos, justos con los justos.

Sinceramente lo decimos: si tuviésemos la infausta persuasion de que todos los moderados son como esos perodistas sin fé, que hoy dicen bueno á lo que ayer llamaron malo, desde hoy hasta el último suspiro de la vida gritaríamos á cuantos participen de nuestras doctrinas, que jamás se aliaran con semejantes hombres. No es posible alianza con quien se honra con la apostasía. Mas por dicha nuestra, y para ventura de España, tenemos convicción íntima de que gran parte, la mayor de los moderados, abriga nobleza en el espíritu, y fé en el corazón. Con estos queremos alianza, más sólo con estos: vemos en ella la salvacion de la Pátria; fuera de ella, su ruina.

Aliados, es obligacion sagrada trabajar en nombre de Dios, para bien de la Pátria. Hay muchos realistas, sin embargo, que rehuyen tomar parte en los negocios públicos, dejando exclusivamente al cuidado del cielo vengar á la sociedad. ¿Pero no conocen estos hombres, que encubren bajo una rigidez de principios mal entendida, un miedo vergonzoso, ó una apatía criminal? Si meramente se tratase de nuestros intereses, podríamos despreciarlos; pero se trata de los intereses de la Pátria y hemos nacido españoles; de la Sociedad y somos hombres; de la Religion y nos preciamos de cristianos.... ¿Más qué podremos hacer nosotros? nos dirán. ¿Qué podemos hacer? Sabed que nuestra apatía ó nuestro temor puede constituir únicamente la fuerza de los que venjen á la Iglesia y opriman á la Pátria. ¿Qué podemos hacer? Llevar un grano de arena para la reedificacion del Templo, y cumplir de esta suerte con una obligacion sagrada.

Condenamos en principio toda clase de revoluciones, y aun cuando sólo fuera por humanidad condenaríamos las guerras civiles. Quien alce, pues, el grito, señal de nuevos tumultos y derramamientos de sangre, no es nuestro amigo. Por medio de la razón debe triunfar la causa de la justicia. No queremos valientes en las montañas, sino en las ciudades, y no con las armas en la mano, sino con la ley. ¿Se cometen iniquidades? Protestaremos contra ellas, apoyando nuestras protestas, si posible es, en un millón de firmas. ¿Hay elecciones? Acudiremos, pues la ley nos llama, al campo electoral, y conforme á nuestra conciencia emitiremos nuestros votos. Nuestra sola actitud, apoyados en la ley, hará retroceder, vacilar, hundirse al fin todo linaje de tiranías.

Energía contra los abusos, constancia acérrima en los principios, valor para defenderles á la faz del mundo, respeto inviolable al Trono y á las leyes, noble severidad para los que mandan contra justicia, noble generosidad para con los caídos; tal debe de ser la norma de nuestra conducta, tales los medios de que nos es lícito echar mano en la grande pero pacífica cruzada del bien contra el mal, de la verdadera luz contra las tinieblas revolucionarias. El objeto de esta lucha es el más santo y glorioso: perdonando extravíos, y reparando injusticias, devolver á la Iglesia su independencia santa, fiadora de la nuestra; al Trono de Isabel la Católica, la majestad y vigor de que hoy se vé desnudo; y á España, país el más altivo y noble de la tierra, sus antiguas libertades.

¿Dudais del triunfo? Dudareis en este caso hasta de Dios. Nó, no creeremos jamás que Dios haya condenado para siempre á esta Nación, el atleta en todo tiempo del catolicismo, el caballero de la santa ciudad, donde no hay ni un palmo de tierra que no esté regado con sangre de un mártir. Dios nos castigó porque nos amaba: los crímenes de unos pocos y la paciencia indigna de muchos, que les há hecho cómplices en ellos, hán perpetuado su ira. El día en que se conozcan los hombres de bien, y alcen unidos sus manos para rogar á Dios, y trabajar por el bien de la Pátria, en aquel día aparecerá en nuestro cielo el sol de la justicia, que iluminará un siglo de paz. Las revoluciones no son más que tempestades, que hace Dios estallar para purificar el aire; truenan y pasan. ¿Somos cristianos? Debemos creerlo así. Pues si somos cristianos, si tenemos fé, si miramos con su luz á Dios, que nos mira, ¿á quién tememos? Mil veces

hemos procurado reanimar, en los corazones, ese sentimiento sublime que pone al hombre en comunicacion con Dios, y le presta un vigor invencible; mil veces hemos mostrado la diestra del Altísimo, resplandeciendo entre nosotros. Y á la verdad, ¿cuál época há sido, más que la nuestra, fecunda en maravillas?

Há un año sólo que tronábamos contra aquellos bárbaros, que oprimian al sacerdote y saqueaban los templos; ellos soñaban largos días de prosperidad, en medio de ejércitos numerosos, y nosotros veíamos la mano de Dios que iba á tocarles en la frente. Y visteis como les tocó; y pasó sólo un día; y cambióse la faz de España. Subieron otros hombres á mandarnos, en medio de nubes de incienso y aclamaciones de la muchedumbre. ¿Quién no creyera en la estabilidad y duracion de su imperio? Pero llevaron una mano impía á las cosas santas, ¿y dónde están? Unos encarcelados, huidos otros, todos cubiertos de ignominia. No fieis, pues, en la aparente robustez del ministerio actual; es árbol que tiene todavía verdes sus hojas, pero ya podridas sus raíces; vacila y caerá sin duda.

Aun era tiempo quizá, pero está espirando el tiempo: aun lo era, de que esos hombres, por otra parte beneméritos, volvieran en sí, y se salvaran, y nos salvaran. Nos atrevemos por última vez á conjurarles, en nombre de la Religion, de la patria, de su gloria. Si son cristianos, ¿cómo pueden creer que Dios prospere la obra de la iniquidad? Si son hombres justos, ¿cómo pueden pensar que el mayor de los atentados contra el orden social sea la base, donde afirmen su combatido poder? Si son españoles, ¿cómo ignoran, por desdicha, que cuantos lo somos amamos en la Iglesia á nuestra madre, y somos enemigos de sus enemigos? Una palabra sólo, y conquistarán nuestro amor; no hay escudo más poderoso que el amor de los pueblos. Pero si continúan sacrílegos en arrebatar unos bienes sagrados, y enemigos de la sociedad en violar la propiedad que es su base, no extrañen tampoco que de todos los ángulos de la Península se alce al fin contra ellos tremendo grito de reprobacion. Se les acusará de hipócritas y tiránicos; y la nacion española es demasiado altiva para aceptar tiranos y demasiado noble para sufrir hipócritas.

28 de Abril de 1844.

ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

CARTAS A UN ESTUDIANTE.

SEXTA.

Querido Antonio:

Reconocíamos, en la última carta, que nuestro carácter de redimidos por Jesucristo nos obliga á corresponderle, oyendo la Santa Misa con devocion; que en ella debemos pedir fervorosamente por todas nuestras necesidades, las de nuestras familias, las de la Iglesia, las de la Pátria, y las de tantos infelices víctimas del dolor y del infortunio, sin olvidarnos tampoco de los difuntos fieles, que, purificándose de los pecados que en la tierra cometieron, hán menester de nuestros sufragios, para que Dios les perdone por completo sus deudas.

A este acto de piedad con que santificar la mañana, corresponde otro, muy indicado, para la tarde ó la noche, y tan hermosísimo y poético, como todo lo que se refiere á la Santísima Virgen: *el Rosario*. ¡Si supieras lo que es para todos, y más especialmente para vosotros los jóvenes, esta Reina ejemplar, con cuánta devocion lo rezarias! La Virgen María nos ama con más delicada ternura que la madre de la tierra y anhela nuestra felicidad eterna y temporal. Si lloramos alguna desgracia, Ella enjuga nuestro llanto, y santifica nuestras alegrías, si gozamos de las escasas venturas que caben en este mundo. Cuando los enemigos de nuestra alma nos asedian, María, con su poder casi infinito, les derrota; y en la hora de la muerte abre su regazo maternal á los que pelean como buenos. ¿Quieres tú gozar tan inefables dichas? Invócala todos los días en el Santo Rosario, que para hacerte amable tan tierna devocion te dedico esta carta.

Rosario es una palabra que se deriva de *rosa*; de modo que viene á significar coleccion ó ramillete de ellas, porque las alabanzas que con él tributamos á María son como rosas agrupadas y puestas al pié de sus altares.

El Rosario es una devocion para honrar á la Santísima

(1886.—Tomo I.—33)

Virgen, inspirada por la misma Señora á un Santo español, el esclarecido Santo Domingo de Guzman. Perturbaban hondamente el Mediodia de Francia los hereges llamados Albigenses, y deseando Santo Domingo exterminar una heregia, que tanto se oponia al bien de la Religion y de la sociedad, obtuvo de la Virgen esta popular devocion como medio eficaz para difundir la verdad católica, haciéndola más simpática de esta manera. El Santo Patriarca, lleno de ardiente celo, predica el Rosario, y muy en breve se extiende por todas partes la nueva devocion, que llega á convertirse en la más popular de las prácticas piadosas del Catolicismo. En el hogar doméstico, esta plegaria sencilla y tierna agrupa al pié de la Virgen á las familias verdaderamente cristianas, y en las grandes solemnidades religiosas, en las romerías y peregrinaciones á santuarios célebres, el Rosario, rezado unas veces, cantado otras, es siempre la voz incesante del amor cristiano en gloria y honra de María.

Estas consideraciones deben excitar en tí sentimientos de profundo respeto á una devocion eminentemente española en su origen, católica en alto grado y en la práctica universal.

Por otra parte, sabido es que el culto de María se reduce principalmente al recuerdo é imitacion de sus virtudes; y, siendo esto así, nadie puede negar la saludable influencia que ejercen, sobre la juventud, el estudio y meditacion de la inmaculada pureza, humildad profunda, caridad sin límites y ferviente amor de Dios, que admiramos en nuestra benditísima Madre. Sólo así se explica, querido Antonio, el hecho frecuente de que en los jóvenes devotos de la Virgen Santísima se reflejen de una manera admirable los rayos de estas virtudes; virtudes que, aparte del bien espiritual que reportan, conquistan á los jóvenes, en el trato social, el respeto y la benevolencia de todos. Y como ninguna devocion compendia la vida de María mejor que el Santo Rosario, hé ahí otro poderoso motivo que me impulsa á recomendarte eficazmente la diaria observancia de tan cristiana costumbre.

El Rosario se compone de 150 Ave-Marías, divididas en 15 décadas, en cada una de las cuales se recuerda un misterio de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, ó de su Santísima Madre: al principio de cada 10 se intercala un Padre-Nuestro, y al fin un *Gloria-Patri*. Los Misterios forman tres secciones: una de Misterios gozosos, otra de dolorosos y otra

de gloriosos, que se alternan en los distintos días de la semana. Como véis, el Rosario, en su fondo, le constituye el recuerdo y la meditación de las vidas de Jesús y de la Virgen; y, en su forma, el Padre-Nuestro, es decir, la oración más sublime que podemos elevar al trono de Dios; el Ave-María, que es el saludo más hermoso y magnífico, la más gloriosa alabanza que podemos tributar á su Madre; y, finalmente, el Gloria, eco en la tierra del cántico, siempre antiguo y siempre nuevo, que los ángeles entonan en el cielo.

De esta idea del Rosario se desprenden dos métodos de rezarle bien, y de ambos te voy á dar una idea, deseando que utilices el que más fuerre de tu gusto. Consiste uno de ellos en meditar el Misterio que se reza, y si es el nacimiento del Hijo de Dios, por ejemplo, pensar lo que en la gruta de Belem sucedía, cuando nació Jesús junto á un pesebre, acordándose de que fué reclinado sobre unas pajas, del abandono en que se vió, careciendo de lo más preciso para la vida, del júbilo de la Virgen al estrechar á Jesús entre sus brazos; y, en suma, de todos los detalles de este Misterio, que pueden ser meditados mientras se rezan las 10 Ave-Marías correspondientes. ¿Es la Crucifixion el Misterio que se medita? Pues debe recordarse aquella escena dolorosa, viendo el Calvario envuelto en sombras, la Virgen, San Juan, la Magdalena y las otras mujeres al pié de la Cruz; Jesús espirando en ella entre dolores, lívido su rostro, los labios cárdenos, desangrado su cuerpo y desgarrado por la lanza del centurion su costado. Estas consideraciones hán de excitar en tu pecho sentimientos de compasion hácia Jesús, que tanto sufre, y, latiendo el corazon á impulso de ellos, es como tus labios rezarán las Ave-Marías con piedad y ternura; así es tambien como evitarás ese ridículo sonsonete que usan algunos, y que, más bien que rezo religioso, parece descompasada algarabía.

Otro método de rezar bien el Rosario es, penetrarse del sentido de las palabras que se recitan. Saludamos á la Virgen diciéndola: *Santa María, Madre de Dios*, y tal vez no pensamos en la alabanza casi infinita que la tributamos: añadimos *ruega por nosotros pecadores*, y acaso no lo decimos con el fervor de la oración, y nuestras palabras frías no son el eco dolorido de necesidades y afficciones que nos aquejan. Podemos, pues, rezar el Rosario, penetrando nuestros espíritus las palabras que pronuncian nuestros labios.

A usar este método nos estimulan las bellezas que en-

cierra el Ave-María, oracion tantas veces repetida en el Rosario..... *Dios te salve, María*, decimos á la Virgen; *llena eres de gracia*, es decir, de bondad, de hermosura y de cariño: *el Señor es contigo*, y..... *bendita*, alabada y glorificada *eres entre todas las mujeres*, y..... *bendito tambien es el fruto de tu vientre*, tu Hijo y nuestro Salvador, *Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega*, suplica, interpon tu valimiento por nosotros, que tanto hemos ofendido al Señor, y..... *ruega*, Madre querida, *ahora* que somos jóvenes, *ahora* que las pasiones levantan tempestades en nuestro corazon, *ahora* que los malos ejemplos nos seducen, *ahora* que los sueños de una imaginacion exaltada nos desvanecen, *ahora* que tal vez estamos en peligro de ser dominados por vicios vergonzosos, y..... *en la hora de nuestra muerte*; porque tú sabes, mi buen Antonio, que hemos de morir, por más que ignoremos cuándo, ni cómo, ni dónde; y esta certeza por una parte, y por otra la incertidumbre del dia, deben poner en nuestros lábios frecuentemente la oracion del Ave-María.

¿Necesitaré añadir que la Salve tambien? Ese canto melancólico de dolor y de esperanza, esa tierna elegia de los desterrados hijos de Eva, debemos rezarla siempre, como desahogo de nuestras penas, en el regazo de la más tierna Madre y como suspiro de esperanza por aquella perdida patria, donde despues de este destierro há de mostrarnos el fruto bendito de su vientre. Rezando esta hermosa plegaria es imposible que no rebose nuestro corazon de santa alegría y de dulce esperanza.

De tu acendrada piedad espera, pues, que no abandones el Santo Rosario, tu afectísimo amigo Q. B. T. M.

EUGENIO ESCOBAR PRIETO.

EL JUBILEO SACERDOTAL DE LEON XIII

Y

LOS PERIODISTAS CATOLICOS ESPAÑOLES.

El Semanario Católico, Revista religiosa, científica y literaria que está prestando á la causa social excelentes servicios, en Alicante donde se publica, escribe en su número correspondiente al 6 de Marzo, bajo el epígrafe *El Jubileo Sacerdotal del Sumo Pontífice Leon XIII*, el siguiente artículo:

—”Con este título há comenzado á publicarse en Barcelona un periódico mensual, edicion española, del que con el mismo título sale á luz en Bolonia (Italia) y que es órgano de la Comision promotora de la manifestacion que se proyecta en honor de Su Santidad Leon XIII, con motivo del quincuagésimo aniversario de su promocion al Sacerdocio, que se cumplirá en Diciembre de 1887; manifestacion que, á juzgar por el entusiasmo con que se prepara há de ser magnífica y esplendorosa.

”De dicho periódico hemos recibido el número correspondiente al mes de Enero, que contiene una lista de las publicaciones católicas de España que se hán adherido al proyecto, y son 58, entre las que figura el primero en la lista nuestro modesto *Semanario*.

”¿Ni cómo hubiéramos podido nosotros negarnos á cooperar, en la medida de nuestras escasas fuerzas, á la realizacion de tan laudable proyecto, ni permitir que nuestro *Semanario* dejase de figurar entre los periódicos católicos adheridos?

”LA RESTAURACION, Revista que sale á luz en Madrid, há publicado un artículo titulado *Una buena accion*, y firmado por D. Francisco de Paula Quereda, director de la revista. Hé aquí el pensamiento del artículo:

—”Unámonos, siquiera una vez (dice el Sr. Quereda),
”para socorrer, festejar y aplaudir al Padre de todos, al Jefe
”de todos, al Maestro de todos! ¡Unámonos, al ménos, un
”día, para que, arrodillados todos á un mismo tiempo á los
”piés del Pontífice Venerable, caiga por igual sobre nues-

"tras cabezas la Santa Bendicion del Vicario de Jesucristo,
"siempre mensajera de bienes!

"El último de los escritores católicos españoles, se atreve á proponer á todos sus compañeros dignísimos que se vean, que se hablen, que se unan para este fin."—

"El pensamiento del Sr. Quereda es bello, y su deseo generoso, y nosotros juzgamos innecesarias las protestas de sinceridad y pureza de intencion que el mismo hace: se vé bien claro que el artículo *Una buena accion* há sido escrito más bien con el corazon que con la cabeza. De otro modo es posible que no se hubiera publicado.

"¿Es que el pensamiento es inaceptable? N6.

"¿Peca de irrealizable? Méenos.

"¿Quizás la falta es de oportunidad? Tal vez, y el mismo Sr. Quereda manifiesta que no deja de participar de estos escrúpulos.

"Ello es que en la lista á que antes nos hemos referido aparecen 58 periódicos espontáneamente adheridos al pensamiento de celebrar el Jubileo Sacerdotal de Leon XIII, y estamos seguros de que á esta fecha aquel número habrá crecido. Y es claro que todos esos periódicos, entre los cuales los hay pertenecientes á ésta y á la otra fraccion política, *se hallan de hecho unidos en el pensamiento comun* de festejar, socorrer y consolar á Leon XIII, en el dia de sus áureas bodas sacerdotales. *Esta union, de hecho, que naturalmente resulta* de la actitud espontánea de cada una de las diferentes publicaciones que hán enviado su adhesion á la Comision promovedora del Jubileo Sacerdotal del Soberano Pontífice está realizada; y parécenos peligroso, en los momentos actuales, y supuesto todo lo ocurrido desde que se inició el infeliz y, en sus consecuencias, funesto pensamiento de la Union Católica, parécenos peligroso, decimos, proponer otra union artificial, que hán de rechazar unos, mirar con recelo otros, y quién sabe si dado el estado presente de los ánimos no podria resultar contraproducente tal proyecto.

"El Sr. Quereda nos há manifestado particularmente deseo de que nos hiciéramos cargo de su artículo *Una buena accion*, y lo hemos hecho con la lealtad que acostumbramos; aunque no sabemos si por torpeza no habremos acertado á exponer nuestro pensamiento y modo de ver en el asunto de que trata. Por lo demás, nosotros lamentamos, como el que más, las divisiones que separan á los que se llaman y quieren ser católicos, y como el que más, deseamos su union;

pero entendemos que la union no há de ser convencional y artificiosa, accidental y externa, parcial y de circunstancias; sino natural y espontánea, esencial é interna, total y permanentemente, que sea efecto de la identidad en el pensar y en el querer, de modo, que ya todos los católicos no tengan sino *unum cor, unum os*; y si alguien para esto tiene que quemar ídolos que en otro tiempo adoró, que los queme; y si tiene que adorar lo que antes quemó, que lo adore. De otra manera, la union no sería tal union, sino mera agregacion, *confusa congeries* de elementos heterogéneos, absurda y estéril.

"Ahora, por lo que á nosotros particularmente toca, dispuestos estamos á cooperar en nuestra modesta esfera á cuanto se proyecte para hacer más espléndida la manifestacion católica que se prepara en honor de Su Santidad Leon XIII."—

Damos, primero, gracias cumplidísimas al *Semanario Católico*, de Alicante, por su bondad, y permítanos colega tan ilustrado que cumplido este deber de gratitud, procuremos quedar bien con nuestra conciencia.

El proyecto que expusimos no peca de *inaceptable*, ni de *irrealizable*, segun la indicada Revista; lo cual equivale á decir, que en su opinion, puede ser *aceptado y realizado*. ¿Por qué, pues, no lo *aceptan y realizan* todos los escritores católicos españoles? El *Semanario Católico* lo dice tambien; *quizás por falta de oportunidad*. ¿Y así vivimos los que nos pasamos la vida alardeando de modelos y de predicadores? Por un simple detalle de oportunismo dudoso, ¿dejaremos de cumplir con nuestro deber, y negaremos al Representante de Dios en la tierra, la alegría más grande que nos cabe enviar á su corazon triste y abatido?

Tratándose de asunto tan interesante, ese es, sin embargo, el inconveniente que nos presenta, de muy buena fé, sin género de duda, nuestro digno compañero de Alicante. ¡Lástima que no seamos siempre tan escrupulosos cuando discurremos sobre otras cosas que nos halagan, en vez de dar constantemente á la *oportunidad* una influencia tan decisiva! ¡Cuántas obras buenas practicaríamos, que no practicamos, y cuántas líneas no escribiríamos de las que escribimos!

A nuestro juicio no basta decir que *cincuenta y ocho periódicos, pertenecientes á esta y á la otra fraccion política* se han adherido espontáneamente al pensamiento de celebrar el *Jubileo Sacerdotal de Leon XIII*, para suponer probado que se ha-

llan de hecho unidos, con el fin de festejarle y socorrerle en ese día memorable; y si bastara, esta sería una demostracion evidéntisima, en favor de que nuestro proyecto fué *oportuno*. No basta, porque al dudarse de la *oportunidad* de que todos *los escritores católicos españoles se unan, única y exclusivamente con aquel fin*, que es lo que propusimos, cabalmente lo que se prueba es que no están unidos, y que eso que se llame *union de hecho* se parece mucho á una mera fórmula, por la estilo de la costumbre de enviar tarjetas y prescindir de las visitas, en los casos en que no se impone el afecto; cuando no se trata hoy de dar el nombre, quedándose en casa, sino de adherirse sincera y cordialmente á lo que es un justo y fundado motivo de alegría en la Iglesia Universal. Si bastara, y en verdad estuvieran *unidos de hecho* los escritores católicos *pertenecientes á esta y á la otra fraccion política*, es seguro que el apreciable colega no dudara un instante de la *oportunidad* de nuestra idea de unirlos, porque ciertamente sería notoria y á todos nos daría en rostro.

Más claro. ¿Es que están unidos? Pues hé ahí la prueba de nuestra *oportunidad*. ¿Es que no lo están? Pues hé ahí la prueba de la necesidad de que se unan para ese fin.

Más aún. ¿Cómo puede sostenerse, á un tiempo mismo, que se unieron para ese objeto determinado y que no es oportuno que se unan para ese objeto? ¿Cómo, si no se han unido, podremos decir que estén *unidos de hecho*, y sí lo están, que no es oportuno afirmar esa idea?

Más todavía. Si están *unidos de hecho* en obsequio de Leon XIII, ¿por qué no han de obsequiarle todos juntos? Si no lo están en la práctica, ¿por qué nos hemos de forjar la ilusion de que lo están en teoría?

Sólo en un caso podemos explicarnos, hasta cierto punto, esas contradicciones: en el de que tales cincuenta y ocho periódicos, pertenecientes á esta y á la otra fraccion política, se hayan encontrado por casualidad, los unos al lado de los otros, en la plataforma de una máquina, pero sin propósito de unirse, ni aún de hablarse siquiera; más entonces no se explica como siendo *acceptable y realizable* nuestra idea, y pecando sólo de *inoportuna*, se combate la *oportunidad* despues de haber sido en principio *aceptada y realizada*. ¿Por qué no hemos de apoyarla, siendo así, con todas las fuerzas, y ayudarla y propagarla?

La explicacion de esto parece encontrarse en que segun el *Semanario* es *perigroso proponer otra union artificial, que han*

de rechazar unos, mirar con recelo otros, y quién sabe si dado el estado presente de los ánimos no podría resultar contraproducente.

¿Pero acaso la union, que hemos solicitado, de todos los escritores católicos españoles, con el *único y exclusivo* objeto de felicitar al Venerable Pontífice, tiene algo de artificial? ¿Por ventura el que se unan todos los periodistas fieles, para obsequiar al Papa, puede tener algo de peligroso? ¿Cómo y por qué há de resultar contraproducentem, el que los hijos se presenten juntos á recibir la bendicion de su Padre, que es el Maestro infalible de la verdad?

Por lo demás, eso de que la union *no há de ser convencional y artificiosa, accidental y externa, parcial y de circunstancias, sino natural y espontánea, esencial é interna, total y permanente*, podrá referirse á otras uniones de mayor alcance y transcendencia, que nosotros nos alegraríamos mucho de que se realizasen, pero no á la union de los escritores católicos españoles, que propusimos, con el *fin único y exclusivo* de socorrer y festejar al Papa, que es el Jefe de todos. Para esta, sólo se necesita saber quiénes deben ser considerados como tales, y la resolucion no pertenece á los periodistas sino á los Obispos.

Es evidente que sería gran cosa que los católicos todos no tuvieran sino *unum cor, unum os*, y cuente con nosotros el *Semanario* de Alicante, para procurarlo, sobreentendiéndose, como no puede ménos, que esa unidad no se refiere, ni á las meras formas de gobierno, ni á las simples cuestiones dinásticas, ni á las tristes diferencias de partido, pues hay que dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, obedeciendo siempre á Dios antes que á los hombres. Y no tema el distinguido compañero que nos arredre su cita, que hacemos nuestra: si para conseguir esa union es necesario quemar ídolos, en otro tiempo adorados, quemense; si alguien tiene que adorar lo que antes quemó, que lo adore. Lo que hay que hacer es no ver ídolos, como el ingenioso hidalgo veía gigantes en los molinos de viento, y no adorar miseramente á los ídolos fantaseando que los hemos quemado. ¡Habrán tantos que se pasarán la vida adorando á un ídolo, creyendo que adoran á Dios, y tantos que adorarán de veras á Dios aparecerá tal vez que adoran á los ídolos! El asunto es delicado, pero cuente nuestro colega con nuestra pequeña ayuda para llevarlo al único tribunal que puede decidirlo en la tierra; que por este lado nosotros nada

(1886.—TOMO I.—34)

tenemos ya que quemar, y en punto á adoraciones no reconocemos como Maestro, más que á la Iglesia de Jesucristo.

¿Pero por qué *El Semanario de Alicante* há de llamar *infeliz en su origen y funesto en sus consecuencias*, al pensamiento de la Union Católica que llenó de gozo al Papa, estimándolo *digno de alabanza especial y de eficaz recomendacion* para que se llevase *pronto á cabo y ámpliamente se difundiera*? No siendo, como no es posible, que tan ortodoxa Revista quiera contradecir al Pontífice, ni tratándose ahora de aquella Asociacion, parécenos que hubiera sido más oportuno suprimir el recuerdo, tratándose de un pensamiento que pareció excelente al Vicario de Jesucristo, y, sin duda lo fué felicísimo, prescindiendo de las *consecuencias* para no ser adoradores del ídolo Exito. ¡Qué consecuencias tan *funestas* no há producido moralmente el exajerar ciertos fervores! ¡Qué consecuencias tan *funestas* no há ocasionado políticamente el confundir los partidos con la Religion! ¡Qué consecuencias tan *funestas* no trajeron socialmente dos guerras civiles, arruinando y enlutando á miles de familias españolas! Y, sin embargo, los propósitos pudieron ser buenos, y óptimos, y hasta santos. ¿Por qué hemos de juzgar dañadas las intenciones de los que al fin son nuestros hermanos?

Dejando esto aparte, á nosotros nos pareció *acceptable y realizable* nuestro proyecto de *buena accion*, como á nuestro estimado colega, y además no sólo oportuno, sino *oportunísimo*, cabalmente por lo que juzgando á la ligera pudiera aparecer lo contrario; y á la vista de ciertas tristezas, y en prevision de ciertas desgracias, creimos hasta *indispensable* que todos los escritores católicos españoles, aprovechando una feliz coyuntura y tratándose *única y exclusivamente* de un acto religioso, mostrasen *prácticamente* que de veras ponen su amor á Dios, su amor á la Iglesia, su amor al Pontificado, sobre todos los amores políticos, quemando cuanto á ello se oponga, para adorar sólo á Jesucristo y á su Representante en la tierra, el bueno, el sábio, el ilustre Leon XIII. Eso, que sería una accion buena, podría ser además un gran paso en favor de la reconciliacion, para que respetándose en lo dudoso, todos fueran *unum cor, unum os*, de acuerdo con lo que el *Semanario* y LA RESTAURACION desean.

Siguiendo la constante costumbre, hemos copiado, con toda lealtad, las observaciones de nuestro compañero dignísimo, permitiéndonos discutir las cristianamente para procu-

rar *Una buena accion*. No se trata más que de esto, *única* y exclusivamente de esto. El Padre abandonado nos pide, desde la cárcel, con lágrimas en los ojos, que nos juntemos para defenderle, y con él, la victoria del catolicismo y la salvacion del mundo: unámonos, pues, no por mera fórmula, sino con alma y vida, para besar sus sagrados piés y recibir su bendicion santa, presagio del auxilio Divino; que tal vez este acto de humildad borre todos nuestros pecados de orgullo, no pocos ni pequeños, por los cuales viven en perdurable obscuridad nuestras inteligencias y nuestros corazones.

Segun no podia ménos de suceder tratándose de una Revista católica, tan discreta como ilustrada, el *Semanario* de Alicante, termina su artículo asegurando que está dispuesto á cooperar á cuanto se proyecta para hacer más espléndida la manifestacion católica que se prepara en obsequio de Su Santidad. Por ello la felicitamos, y nos felicitamos á nosotros mismos. Tengamos un solo corazon y una sola alma, un solo pensamiento y una sola voluntad, una sola palabra y una sola idea, cuando se trata de honrar al Vicario de Jesucristo, y ofreciéndolo todo á él, como Delegado de Dios, esperemos que lo demás se nos dará por añadidura.

FRANCISCO DE P. QUEREDA.

PENSAMIENTOS POLÍTICO-SOCIALES (1).

LA RELIGION EN LA FAMILIA Y EN LA SOCIEDAD.

Todos convienen en que perecemos por falta de creencias; pero no se pasa de aquí, como si se temiera encontrar la causa de ello y tener que combatirla.

Los actos públicos, político-sociales, reclaman más garantías, más ciencia, más crédito, que la familia y el individuo; y si el individuo y la familia no pueden vivir sin Religión, tampoco podrá vivir sin ella la sociedad.

El Gobierno sin fé y sin ley, desprovisto hasta de lo que infunde respeto á los particulares, se vé obligado á recurrir á los más miserables expedientes, para ganar algunos días de existencia á la marcha siempre amenazadora de las revoluciones.

El Poder, sin la Religión, se vé rebajado; la Religión, sin el Poder, se encuentra escarnecida.

El hombre individuo y el hombre social, la sociedad política y la sociedad doméstica, el espíritu público y el espíritu privado, son cosas indivisibles que deben compenetrarse recíprocamente.

El sentimiento religioso se empobrece en el individuo que respira la atmósfera de un Estado sin Religión.

Los hombres viven, intelectualmente, más del espíritu

(1) Recogidos y extractados de las Obras del Autor, por el Director de LA RESTAURACION.

público que de la reflexion privada; como quiera que no todos son filósofos y pensadores, porque no todos disponen de tiempo ni de facultades.

Bastante tiene, el individuo, con trabajar contra sus instintos malos; y el éxito há de ser imposible cuando interior y exteriormente nada lo alimenta y todo lo contradice.

Las masas viven de impresiones más que de juicios, y suelen no tener más santuario doméstico que el hogar de la opinion pública.

Al Gobierno, jefe de una sociedad irreligiosa, há de sucederle lo mismo que al padre de familia que educa á sus hijos en la impiedad.

Los antiguos entendian por educacion, el realzamiento de la humanidad hácia el cielo: nosotros hemos cambiado y de ello nos reimos; sin perjuicio de tener que llorarlo despues.

Erigir la impiedad en principio político, es abrazar al mónstruo del Estado ateo.

Es una heregia y una hipocresia el decir que el Cristianismo, cabalmente porque es divino, se basta á sí propio, y vale tanto más cuanto más abandonado vive á su propia fuerza; para deducir de ello, que la perfeccion está en el ateismo del Estado.

La irreligion pública oficial es la negacion de Dios, por los representantes de la sociedad.

No puede trasladarse, á la debilidad humana, la preroga-

tiva de bastarse á sí propia, porque esa prerogativa sólo corresponde á Dios.

La Religion, en sí, es invencible: no así nosotros, en un estado de peligro aceptado voluntariamente.

El individualismo en Religion puede ser una situacion forzosa cuyos riesgos bendice Dios; erigido en doctrina y en tésis, no es más que una gran temeridad.

Siendo propio, de nuestra naturaleza decaida, el ser débiles con el mal, es lógico que las creencias individuales sucumban bajo la incredulidad pública.

Es muy difícil sostener la Religion en los individuos, entre la indiferencia pública, la exclusion política y la violacion oficial, que entregan aquella á todas las licencias y á todas las maquinaciones.

Se dice que la Religion corre peligro si el Estado la profesa, y no se quiere comprender que si es una cosa tan frágil no há de fortificarse exponiéndola á toda clase de asaltos.

Hay quien pretende la monstruosidad de que la Religion no está á prueba de la profesion oficial y está, sin embargo, á prueba del abandono.

En el océano de la malicia humana nunca faltan peligros; pero es de simple buen sentido, que vale más embarcarse con la verdad que con el error, con Dios que sin Dios.

La Religion es asunto de fé, de deber y de principio; no de cálculo, de transaccion y de partido.

Buscar la salvacion fuera de la Religion, es buscarla en el error; es sacrificar la fé verdadera, á la sabiduría falsa.

No es lícito privar á Dios del culto público y á la sociedad del culto á Dios, so pretesto de asegurar la libertad individual de religion.

Si el Estado religioso fuese incompatible con la libertad privada de religion, serian incompatibles dos deberes.

Es un absurdo creer que la irreligion pueda ser una vez siquiera la mejor garantía de los religiosos, y que el ateismo no sea tan perjudicial á los individuos como á la sociedad.

Todas las religiones tienen un principio comun: la religion; y un enemigo comun: la irreligion.

Colocar la salvacion de todas las religiones fuera de la religion, y bajo el régimen enemigo de la irreligion, es un absurdo que no podriamos concebirlo siquiera, si no lo viéramos todos los dias.

La irreligion del Estado no aprovecha á los religiosos, no aprovecha á las sociedades, no aprovecha á los individuos: solamente aprovecha á la ruina de todo individuo, de toda sociedad, de toda religion.

Así como la libertad de la prensa no consiste en suprimir los periódicos, y la libertad de asociacion no consiste en suprimir las reuniones, así la libertad religiosa no puede consistir en suprimir toda religion.

La libertad de conciencia sólo há sido introducida en el mundo, á título de deber moral y á título de religion, contra los poderes humanos que usurpaban el derecho de Dios.

La libertad religiosa, sin religion, carece de objeto y no tiene razon de ser.

El mundo social cristiano giró siempre, en su recto sentido, sobre la verdadera libertad de conciencia y de religion.

Las libertades modernas no son más que unas tráfugas de Dios, que con los nombres sagrados de religion y de conciencia, combaten contra toda conciencia y contra toda religion.

Por medio del más odioso latrocinio, la impiedad toma para sí la libertad de su contrario; y por medio del eufemismo más grosero, la libertad de profesar cualquier religion se convierte en libertad de atacar á toda religion.

La libertad moderna no sólo se há emancipado de su principio, sino que se há vuelto contra él, haciendo así perecer á la religion y á la libertad.

Augusto Nicolás.

PROGRESOS DEL SOCIALISMO.

La lucha entre el capital y el trabajo, entre los fabricantes y los obreros, acaba de presentar en Bélgica tales caracteres, que deben fijar la atención de todos los hombres pensadores de Europa, considerando que hoy el vapor y la electricidad hacen repercutir los movimientos socialistas de cualquiera parte del globo, en el extremo opuesto del mundo.

La luz del incendio aún se vé léjos, pero cada vez más clara y rojiza. Empezó con algunos chispazos, perdidos entre la niebla y el humo de las fábricas de Lóndres; siguió con los desórdenes de Decazeville, en que ya se sintieron temblar en Francia las galerías de las minas con el ruido seco y horrible que produce al caer en tierra un hombre muerto; aún se levantan al cielo las columnas de humo de los incendios de Bélgica entre los ecos clamorosos de los últimos ayes lanzados por algunos al morir, y ya se tiene el anuncio de nuevos chispazos, precursores de nuevas llamas, en el Norte de América.

Es un detalle interesantísimo para que los predicadores de ciertas doctrinas abran los ojos, el hecho de que en Bélgica haya comenzado la revolución por celebrar varios *meetings*, en que los ánimos de los obreros fueron enardecidos por oradores *ad hoc*: á las reuniones públicas siguieron las privadas; á éstas, las huelgas; y al fin, presentóse el socialismo en la calle, con la tea y el puñal, según su costumbre de siempre.

Por las narraciones y correspondencias de la prensa de Bruselas, se ve la terrible gravedad que há tomado el levantamiento de los trabajadores, que no reprimido en los primeros momentos, cundió y se propagó por todos los centros fabriles y mineros, llevando los estragos del incendio y de la devastación á todo aquel país, modelo hasta lo presente de laboriosidad, y centro de riqueza y producción como muy pocos en Europa.

Habría que dedicar al asunto varios números enteros de

nuestra Revista, si quisiéramos dar exacta la triste crónica de crímenes y horrores de toda especie, que allá se han cometido en pocos días. Nos limitaremos, á lo principal, omitiendo pequeños detalles.

En el *meeting* presidido por Mr. Renard, en la sala *Nouvelle Cour de Bruxelles*, fué en donde claramente se manifestaron ya los propósitos de los revolucionarios; y prohibiendo entonces la reunion, se hubiera conseguido, cuando menos, aplazar la desgracia que hoy llora toda el país; pero se dejó al espíritu del mal conquistar cabezas y brazos, y luego fué ya imposible detenerle.

Por el siguiente tema de discusion, puesto á la órden del día, comprenderán nuestros lectores la índole y propósitos del *meeting* á que nos referimos:

—”Los obreros no pueden permanecer impasibles ante la matanza de sus compañeros de infortunio. Los obreros no quieren trabajar en las condiciones que les señalan sus tiranos, y á sus quejas se les contesta con el sable. ¡Ah! Pero el partido obrero se organiza y hará valer sus derechos.” (*Grandísimos aplausos.*)—

A esta propuesta siguieron discursos verdaderamente incendiarios, de entre los cuales presentaremos como muestra el siguiente de Mr. Volders:

—”Hace algunos meses que se ha iniciado un movimiento salvador: el pueblo pide justicia, y los que le han tenido entre cadenas tiemblan y temen por sus gargantas y por infames maquinaciones quieren impedir el movimiento pronto á estallar.

”Se habla de conspiradores. ¿Sabeis quiénes son? Pues no son otros que los que viven en el Palacio Real, los que ocupan el Palacio legislativo, los que mandan en los Ministerios, y ¡vergüenza dá decirlo! los que viven en nuestros *hotels de ville* (Ayuntamientos). Todos, todos conspiran contra la libertad de los trabajadores. (*Aclamaciones.*)

”Es preciso que los obreros comprendan que si se pone algun obstáculo á sus manifestaciones debe rechazarse; si se prohíben, celebrarlas á pesar de todas las resistencias.

”La situacion es grave. Se han dado á varios ricachones las minas que debian ser nuestras, y ahora se quiere asegurar la posesion de estas grandes riquezas minerales asegurándoles la de un rebaño de obreros. (*Estas palabras son recibidas con estrepitosos aplausos.*)

”Pero por medio del sufragio universal llegaremos á

arrancar á las grandes Compañías, á los Conventos, á los Obispos, la parte de fortuna pública que detentan, porque esos bienes son del Estado y forman el patrimonio de todos. (*Grandes aplausos.*)—

Despues de otros discursos calcados en el mismo molde, el *meeting* acordó condenar al Gobierno, afirmando sus simpatias por el sufragio universal, que cambiará el estado de cosas de hoy, suprimiendo todo privilegio y haciendo del Gobierno un protector de los trabajadores y oprimidos.

Pocos días despues comenzó el movimiento huelguista en las minas de carbon de la cuenca de Lieja, á título de "ménos trabajo y más jornal", á pesar de que allí el salario medio es de unos 3 francos diarios; y el hecho, que desde luego aparece, es la violencia empleada por los primeros agitadores para obligar á todos los obreros á cesar en sus trabajos.

En Charleroi, segun referencias de los diarios de Bruselas, se formaron desde el primer momento grupos para imponer la huelga. Uno de 150 obreros, poco más ó ménos, se dirigió á la mina del Norte de Gilly y despues á la de Ransart, amenazando con cortar las cuerdas y parar el ventilador para hacer subir á los obreros que habían bajado á sus tareas. Se dirigieron despues á otras minas, invadiendo los pozos y obligando á los obreros á suspender su trabajo. Continuando su tarea, el peloton huelguista, que constaba ya de 400 hombres, entró en otras minas, á pesar de ser rechazados por 25 gendarmes, é interrumpió tambien las tareas. Al frente del grupo iba un individuo que llevaba en la gorra un papel con esta inscripcion: *¡Leopoldo II, cinco millones!*

Para entrar en la mina Sebastopol, en Trien-Kaisin, que estaba bien guardada, acudieron á la estratagema de dividirse en grupos de dos ó tres y rodearla, y cuando tuvieron fuerzas suficientes hicieron subir las jaulas en que bajan los obreros á los pozos y amenazaron con cortar las cuerdas y dejarlos en la mina si no querian subir.

Los obreros de la mina de Gilly paseaban por cerca de ella, llevando á la espalda uno de los útiles de su ocupacion, y cantando muchos de ellos:

*Tous solidaires, unis,
On n'travaille pu l'indí.*

Los sucesos se precipitaron despues, inaugurándose la série de asaltos y saqueos de las fábricas.

Grandes masas, compuestas en su mayoría de mozalbetes y mujeres, muchas de éstas llevando sus hijos en brazos, han recorrido los campos y las pequeñas poblaciones dando gritos horribles y recorriendo fábricas y talleres. Los obreros que las capitanean invaden, al frente de ellas, los edificios, y donde no hallan resistencia, los incendian, y á los que resisten los apedrean. Los resplandores de las llamas se destacan en muchos puntos del horizonte en toda la region de Charleroi. La rabia de la destruccion no tiene límites. Es una verdadera locura furiosa. Los daños causados el primer dia en la ciudad citada ascienden á seis millones de francos. Todo es saqueado, destruido y quemado.

Las bandas de amotinados se dividen, ó se juntan, para nuevos asaltos. Cuando encuentran tropas que las atacan, huyen con el vértigo del terror; despues, en otro punto se rehacen y toman otro camino. El convento de las religiosas de Soleilmont há sido incendiado por los anarquistas. Los talleres y las minas de Roux hán sido destrozados.

—¡Es preciso que arda todo!—gritaban, como energúmenos, los asaltantes. Y de cien puntos á la vez parten á seguida las llamas iniciadoras de la devastacion. Oficinas, almacenes, habitaciones particulares, todo es presa del incendio. Algunas galerias parecen un volcan, y acaban por ser un monton de ruinas.

Despues de entrar á saco en las casas de campo, las granjas y las quintas, pegaron fuego á las propiedades inmuebles. Casas particulares, fábricas, tiendas y talleres, fueron asaltados y saqueados. Más que afan de robo habia deseo de destruccion de parte de los revolucionarios.

Los destrozos producidos en Charleroi se calculan en más de 50 millones de reales, y gran número de familias hán quedado reducidas á la miseria.

La revolucion social se extendió, poco á poco, de tal modo, que el pánico comienza á ser general en Bélgica. De Charleroi hán huido miles de personas acomodadas, y Bruselas está llena de fugitivos de otros puntos.

En Namur, en Mons, en Tournai, en Verviers, en Fleurus, las huelgas comienzan; se teme lo mismo en Familleureux, Dinant, Ecausines y Bracquegnies; el pánico crece; los ciudadanos pacíficos se arman y reunen para defenderse; los capitalistas envian sus fondos al extranjero.

Claro está que despues de varios dias de tumultos, y saqueos, y crímenes, el órden há sido restablecido, pero no

hay seguridad de haber apagado el incendio y la destrucción de fábricas deja sin trabajo á 100.000 obreros, creando un conflicto más, de difícil solución.

La Cámara de los Representantes de Bélgica se há ocupado ya en este asunto, y procurando historiar el Presidente del Consejo de Ministros la crisis económica, há manifestado que la situación de los obreros es digna de interés; pero no lo es menos la situación de la industria y del capital que, desde 1876 hasta 1884, no há podido ser más precaria. En las minas de carbon hay invertidos capitales inmensos que no producen mayor rendimiento que el 1 por 100. Otro tanto ocurre con la industria metalúrgica. Y á pesar de esto, los salarios de los obreros no hán sido reducidos más que 35 céntimos por término medio. Por su parte el Ministro Bernaert añadió que si el producto de las acciones se distribuyera entre los obreros, y por tanto no se diese nada á los accionistas, por el capital invertido, resultaría que no se podría aumentar más que en seis céntimos de franco el jornal de cada minero. Pero noticias posteriores afirman que esto era en 1884 y desde entonces se há rebajado los jornales en un 50 por 100.

El hecho evidente es que la situación de Bélgica no puede ser más angustiosa y Bruselas presenta un aspecto agitadísimo. Por todas las calles se vén soldados y en las estaciones del ferro-carril se realiza embarque de tropas constantemente, para distribuir las en los sitios de mayor peligro y evitar que se reproduzcan los tristes sucesos. Las reservas, que hán sido llamadas al servicio activo, están furiosas y es posible que se excedan en el castigo, si llega el caso. La indignación general es inmensa, pero el pánico del comercio no desaparece y los negociantes no se atreven á exponer sus capitales. A cada momento ocurren falsas alarmas que hacen que las puertas se cierren, la gente corra y se atropelle, y la guardia cívica sea llamada á las armas. Esto se repite muchas veces al día, en todas partes. Los ciudadanos forman barricadas en sus casas. En algunos puntos hay calles enteras defendidas de esta manera. La población rural está aterrada con las noticias que circulan de que se hán presentado partidas de bandoleros en varias partes. La propaganda socialista continúa, por su parte, á pesar de los esfuerzos de la policía y de las prisiones que se están realizando á todas horas.

Hé aquí para mayor desconsuelo el extracto de un nue-

vo *meeting*, celebrado en Bruselas, gracias al famoso derecho de reunion, sin limitacion alguna.

Unas quinientas personas, entre ellas bastantes curiosos, llenan la sala llamada de Rubens, en cuyo fondo se ven los bustos del Rey y de la Reina. Mientras el *meeting* no comienza, una parte del público canta la Marsellesa; por otro lado se oyen los gritos de los vendedores de periódicos, que anuncian el diario anarquista "*Ni Dios ni Amo.*"

Al comenzar el *meeting*, seis personas ocupan la mesa donde ordinariamente se halla la presidencia, pero no hay presidente, porque es incompatible con los principios anarquistas. El ciudadano Monnier habla el primero. "Ciudadanos (dice) si los proletarios estuvieran bien alimentados y bien vestidos, podrian contentarse con un salario modesto; pero se los rechaza, se los trata como á despreciables granujas. Por eso queremos hoy un debate público, y todo el que lo desee puede usar de la palabra."—

Hecha esta excitacion, Mr. Weisman se levanta á hablar:

—"Los sucesos de Decazeville, Saint-Quentin, Lóndres, Lieja y Charleroi, son necesarios eslabones de una cadena constituida por la miseria en que viven los trabajadores. Ellos son la base de la sociedad, y ellos solos tienen derecho á la vida; porque los que no trabajan no tienen derecho á vivir. Los recientes motines son una esperanza, porque nos conducirán á algo, ya que es imposible salvar la situacion de una manera pacífica.

"A la revolucion francesa de 1789 precedieron más de trescientas revoluciones parciales, y hecha la revolucion política se há obtenido la libertad y la igualdad civil: hoy queremos la revolucion social y la igualdad económica.

"Todo hombre razonable debe aprobar los sucesos de que es teatro Bélgica. La revolucion no espera, porque el hombre que tiene hambre no puede esperar. (*Aplausos.*)"—

Un ciudadano.—"Yo admito la revolucion; pero cuando esté hecha, ¿qué será de nosotros hallándonos sin organizacion alguna? Es preciso una union completa y absoluta entre todos los obreros; que Bruselas, Gante, Lieja, Amberes y otras ciudades se unan á nosotros."—

"¡Aprobado, aprobado!" grita el público.

El ciudadano Monnier se desata en improperios contra la prensa belga.

—Esta (exclama) emplea contra nosotros expresiones

increíbles; los obreros de Lieja son tratados peor que criminales. Un periódico, sobre todos, se há propasado en este sentido, insultando á los anarquistas y cubriendo de ofensas á Luisa Michel.”—

Una voz.—”¡La prensa belga es órgano de las capitalistas!” (*Gran manifestacion de asentimiento.*)

Monnier continúa:—”La prensa debía tener corazon para defender á los trabajadores; pero... no sirve para nada. Ni los políticos tampoco. Clericales, liberales y progresistas, todos hán permanecido impasibles ante nuestros sufrimientos; hán sido nuestros verdugos. Todo está corrompido; el clero predica doctrinas ignominiosas; los jueces son inmorales; el ejército, que sólo habla de honor, lleva á empeñar sus condecoraciones al Monte de Piedad.

”Nosotros somos más honrados que todas estas gentes.

”Que se nos dé lo que nos falta, y entonces acabará la crisis. Hoy por hoy, tiene que presentarse terrible y profunda, porque los burgueses tienen por corazon un saquillo de oro y por brazo el ejército, que sólo sirve para la matanza de obreros. El ejército, sin embargo, comprenderá su error, y entonces la muerte de los obreros de Sereiny será la señal del fin del reino de Bélgica.”—(*Grandes aplausos.*)

¿Qué sucederá? El pronóstico tiene que ser triste, porque esas crisis no se curan con fusiles y cañones y hoy los Gobiernos no viven de la fuerza de la justicia, sino de la fuerza de las armas.

En Francia, en Inglaterra y en Alemania, los sucesos de Bélgica hán exaltado los ánimos de los socialistas, y todo parece demostrar que se preparan para no dejar solos á sus hermanos belgas; la enfermedad, por tanto, es grave y general; los pobres se están contando y saben ya que son más que los ricos; y el mal no lo curará el libre cambio ni el proteccionismo, sino en los primeros la resignacion y en los segundos la caridad; que nada hán de poder las modernas leyes de la economía, mientras no se restablezcan las antiguas leyes de Dios.

EL VIZCONDE DE ***

BIBLIOGRAFÍA.

La Jerarquía Católica Ilustrada y El Diario del Vaticano, por Francisco de Federicis.—Publicación mensual de historia contemporánea.—Roma.—Imprenta del Vaticano.—Enero de 1886.

Lo primero que debemos hacer, al dar cuenta de esta obra, es reproducir el autógrafo que la precede y dice así:

Romae 4 Septembris 1885.
Episcopis
caeterisque bonarum artium cultoribus
opus commendamus

LEON, PAPA XIII.

Y despues de la recomendacion del Vicario de Jesucristo, ¿quién há de atreverse á poner la suya? Podemos aplaudir el pensamiento excelente, y felicitar á su autor por el acierto notable, pero estamos seguros de que los católicos españoles no necesitan de nuevos estímulos para suscribirse, ni de más pruebas para saber con certeza que se trata de una obra digna de todo apoyo y alabanza.

La Gerarquía Católica Ilustrada se compone de dos partes.

La primera comprende la Gerarquía Católica propiamente dicha y la Côte Pontificia. En esta parte se publicarán los retratos en fototipía y las biografías correspondientes:—1.º del Santo Padre Leon XIII.—2.º de los Cardenales del Sacro Colegio del orden de los Obispos, de los Presbíteros y de los Diáconos.—3.º de los Patriarcas Arzobispos y Obispos con residencia; de los Arzobispos y Obispos titulares en cargo; de los Arzobispos y Obispos en reposo.—4.º de los Nuncios, Delegados y Vicarios Apostólicos.—5.º de los grandes Dignatarios eclesiásticos.—6.º de los Generales de las Ordenes Religiosas.—7.º de los personajes de la Côte Pontificia.—8.º de los miembros del

Cuerpo Diplomático junto á la Santa Sede.—9.º de los trajes de la Corte Pontificia con su historia.

La segunda parte trata de los Obreros del Catolicismo, ó sea de aquellos católicos legos, y tambien eclesiásticos, de cualquiera nacion, que se distinguen por sus obras en favor del Catolicismo hasta el grado de haberse hecho acreedores á la estima, al aplauso y á los encomios de todo el mundo. En ella se publicarán los retratos en fototipía y biografías respectivas:—1.º de los Sábios Escritores y Oradores católicos.—2.º de los Personajes más beneméritos para con la Santa Sede.—3.º de los Presidentes de las principales Sociedades católicas.—4.º de los Directores de los principales periódicos católicos.—5.º de los Héros del Catolicismo.—6.º de los trajes de las Ordenes de Caballeros con su historia correspondiente.

El Diario del Vaticano será la crónica completa de todos los actos del Pontificado. En él se registrarán todas las noticias del Vaticano, sin ninguna apreciacion ó polémica, como otras tantas pruebas de hecho, pero clasificadas bajo diversas rúbricas, para confirmar tres grandes verdades muy importantes: *Primera: que el Papa es el Maestro infalible de la verdad*: contendrá tres títulos; la voz de Jesucristo en la tierra, homenaje y adhesion á la palabra de su Vicario, y movimiento de la gerarquía eclesiástica. *Segunda: que el Papa es el Maestro de la civilizacion y del progreso*: contendrá otros tres títulos; el Vaticano como protector de las ciencias, como apoyo de las artes y como salud de los pueblos. *Tercera: que el Papa es el Soberano y el Padre de todo el orbe católico*; con otros tres títulos; la munificencia de la Santa Sede, las recepciones Pontificias, y el dinero de San Pedro.

A fines de cada mes, empezando desde el actual, se publicará un volúmen en 8.º de 144 páginas, esto es 24 fojas para retratos, 24 fojas para las biografías respectivas y 48 páginas de *El Diario del Vaticano*. De esta publicacion se harán por separado cinco ediciones, en cinco idiomas diferentes; es decir, italiano, francés, español, inglés y alemán; y los precios de abono para nuestra Península, son *trece pesetas* trimestre, *veinticuatro* el semestre y *cuarenta y seis* por año.

Como representante general en España há sido nombrado nuestro respetable amigo D. Leon Carbonero y Sol, á quien pueden dirigirse cuantos quieran honrar su biblioteca

(1886.—Томо I.—35)

con *La Jerarquía Católica Ilustrada* y *El Diario del Vaticano*.

Congreso contra las inundaciones de la región de Levante, celebrado en Murcia durante la tercera semana de Marzo de 1885.—Un volumen de 297 páginas en 4.º menor.—Tipografía de Anselmo Arques.—Murcia, 1885. Precio, 3 pesetas.

Libros como el presente debían escribirse muchos y correr en manos de todos; y nada se perdería con que Congresos de esta índole se celebraran frecuentemente en España.

Y no es que las dignísimas personas que tomaron parte en él hayan logrado librarse completamente de ese parlamentarismo funesto que hoy lo invade todo, ni que allí sólo se haya controvertido lo necesario; que por desgracia el sistema moderno de discusión lo tenemos ya en la médula de nuestros huesos; sino que el asunto es interesante de suyo hasta no poder más, y bueno sería que se desarrollasen en este sentido las aficiones de nuestros conciudadanos.

No son para desfloradas, en unas cuantas líneas, las treinta preguntas que comprende el Cuestionario y fueron objeto de la deliberación del Congreso. Esperamos que persona competente honrará á LA RESTAURACION tratando el asunto con notorias ciencia y experiencia. Lo que hoy nos toca hacer es recomendar el volumen, que por cierto merece ser leído; enviar un aplauso al digno Presidente, nuestro distinguido amigo el Sr. Conde de Roche, por su brillante campaña; y dar cordiales plácemes á nuestro compañero del alma D. Ramon Capdevila, á quien las discusiones del Congreso hubieran acreditado como polemista y orador si no fueran ya públicas sus dotes excelentes como hombre de doctrina y de palabra.

Aparte de la cuestión, que pudiéramos llamar local, desenvuélvense en este libro temas de gran interés para toda España; entre ellos el de la repoblación forestal, que "aunque por lo larga y difícil no puede considerarse como remedio inmediato para corregir los daños causados por las inundaciones en las Provincias de Levante, ejerce una influencia importante y reconocida en la regularización y régimen de las aguas procedentes de grandes lluvias y del derretimiento de las nieves."

Terminado el Congreso, formuláronse nueve conclusiones, que merecieron unanimidad de votos, salvo una de ellas

que obtuvo inmensa mayoría; y sólo falta ya, por consiguiente, que el Gobierno, velando, segun debe (que no velará), por aquella rica y desgraciada comarca, dedique su atencion (que no la dedicará), á salvar los intereses y las vidas de tantas familias españolas.

Génesis de la Historia, por el P. Fray Jerónimo de San José, carmelita descalzo, obra publicada por el Marqués de Torres y dedicada al Señor Felipe II.—Un volumen, en 8.º, de XLV, 278 páginas.—Imprenta Barcelonesa, 1886.

¡Gran lástima es que todos cuantos se dedican á escribir la historia no lean este libro! Pequeño y corto como es, si lo estudiaran sería causa de muchos bienes para la sociedad y evitaria no pocos males á los hombres.

Es la Historia, segun dice admirablemente el autor, una de las lecturas que más vulgarmente se traen entre manos, y por eso mismo, una de las que ménos se estiman como deben; porque el ordinario uso de las cosas suele envilecerlas, aunque sean tan milagrosas y grandes como la gobernacion y sustentacion de todo el universo por medio de la Divina Providencia.

La dignidad y excelencia de la Historia á lo que obliga; cuáles son su naturaleza y sus divisiones; lo que deben de ser en ella las narraciones, las descripciones y las digresiones; el estilo, la diligencia, la rectitud y la autoridad, que hán de resplandecer en el historiador; y, en suma, cuantas ideas deba tener presente quien quiera dedicarse al delicado oficio de juzgar hombres, tiempos y cosas, todo está tratado en ese librito con altura de miras y castiza dicción, brevedad en las palabras y profundidad en las ideas.

Merece, pues, ser adquirido por cuantos no lo conozcan todavía, para luego de leerlo, guardarlo como oro en paño.

JUSTO BENIGNO.

PAJITAS Y LAGRIMAS.

Habia un señor, rico y poderoso, que vivía en su Castillo, del cual no salía sino para guerrear, asolar los campos de sus vecinos, saquear los pueblos y robar á los viajeros. Era tan malvado y cruel que nada humano le había quedado en su corazón más que el amor á su mujer, apacible y bella criatura, que pasaba los días y las noches llorando las maldades de su marido, y pidiendo á Dios que se las perdonara. En vano su marido la rodeaba de cuantos goces dán el lujo y la riqueza; de nada disfrutaba la humilde señora; nada quería, nada deseaba, sino la conversión de su marido.

En una espantosa noche de invierno en que el cielo, desencadenando tempestades, parecía querer acabar con la tierra, estaba sentada la señora delante de una gran chimenea en que ardía una hoguera brillante. El viento mujía entre las Torres, cual si le enojara su resistencia; las nubes arrojaban sus aguaceros, con ira; los relámpagos atravesaban caprichosamente las tinieblas, como espíritus malos; todos los vivientes buscaban un abrigo, contra la inclemencia de aquella lóbrega noche. El Señor del Castillo aun no había vuelto de su correría, y su angustiada esposa rezaba.

Oyóse llamar á la puerta, y poco despues un criado entró en la estancia y dijo á su ama que dos pobres religiosos, cansados, casi muertos de frio y de necesidad, perdidos en aquel país agreste, pedían ser acogidos en la fortaleza, aunque fuese en un establo. La buena señora se sobrecogió, porque sabía que su marido odiaba á los religiosos; y le era tan sumisa, que ni el bien se atrevía á hacer sin su beneplácito. ¿Pero, cómo rehusar, á los santos varones, una súplica tan humilde?

—El Señor no lo sabrá (dijo el buen criado, que al ver á su señora suspensa adivinó sus pensamientos) y al rayar el día se irán.

La castellana consintió en ello, encargando al criado que los escondiese en la caballeriza más apartada.

No bien hubo salido cuando sonó una trompa, y el ga-

lope de los caballos anunció la llegada del Señor. A poco rato entró, y después de haber trocado su armadura, teñida en sangre, por un rico vestido de seda, forrado de ricas pieles, se sentó con su mujer á una mesa profusamente servida de ricos manjares, sobre la cual innumerables bugías blancas, finas, suaves, como vírgenes, esparcían su melancólica y pura luz.

La castellana, ricamente prendida con un traje de terciopelo verde, bordado de oro y pedrería, no comía; el resplandor de las luces se reflejaba en los brillantes que cubrían su frente y en las lágrimas que surcaban sus mejillas como otro adorno más, porque eran de aquellas con que el corazón hermosea el rostro.

—¿Qué teneis? (le dijo su marido con cariño.)

No respondió.

—¿Temiais por mí: en esta noche de espantoso temporal? Pues fuera temores, ya me teneis aquí sano y salvo, pésele á Satanás.

La hermosa castellana no respondía y seguía llorando, porque las lágrimas son hermanas bien avenidas; á una sigue otra; en pos de una van mil.

Pero él, á quien su ángel bueno había guardado en su corazón el amor á su mujer, como una áncora de salvación, se afligió de verla llorar y le dijo:

—Contadme, señora, lo que os aflige, y juro por mi espada enjugar vuestras lágrimas, si en mi poder está el hacerlo.

—Señor (respondió su mujer), lloro porque mientras aquí disfrutamos de todos los bienes de la vida, otros carecen de lo necesario; porque mientras esa llama se levanta, viva y alegre, y nos envía su calor como una caricia, otros tiritan de frío; mientras estos manjares excitan al paladar, con exhalaciones, otros, Señor, tienen hambre... y por eso se anuda la garganta, y no puedo comer...

—Pero, señora (le dijo él). ¿Quién sabeis que se esté muriendo de frío y de hambre?

—Dos pobres religiosos, Señor, que me pidieron albergue y que están en la caballeriza.

El marido frunció el ceño.

—¡Frailes! (dijo). ¡Holgazanes, pancistas, petardistas, que querrian regalarse á mis expensas!

—No hán pedido más que un techo y un poco de paja.

El castellano llamó á un criado.

—¡Oh! Señor Señor, (dijo sollozando la castellana,) no los echeis fuera; acordaos de vuestra promesa.

—Perded cuidado (contestó el marido); comerán, se calentarán y además me servirán de diversion. ¡Ya vereis!

Mandó en seguida, á los criados, que los trajesen á su presencia.

Disipóse, no obstante, el amargo humor chancero del castellano, como la fria y opaca niebla que levanta la noche de un pantano á los primeros rayos del sol, cuando se presentaron á su vista los religiosos; por un impulso involuntario se puso en pié, y la impía chanza, que asomaba á sus lábios, retrocedió como una serpiente que se encoge y se vuelve á su cueva. Ello era que habia en el rostro del más anciano, en los cabellos blancos que coronaban su vejez, como corona, una orla de albas rosas; en la serenidad de sus ojos, en la gravedad de su boca, una dignidad que imponia, una mansedumbre que atraia, un poder capaz de sujetar y conmover un alma corrompida y helada.

Mandóles el Señor sentar á la mesa, y guardaron todos silencio por un breve rato. Pero el religioso, fiel á su mision, hizo oir la palabra de Dios en aquel lugar de donde habia sido desterrado, quedando encerrada en el corazon de la castellana como en un santuario. Callaba el Señor y escuchaba mirando á su mujer, que con ansiosas miradas y cruzando sus blancas manos miraba al misionero, como el marino en noche de tormenta mira al faro que le indica el puerto de salvacion; mientras que sus lábios murmuraban: "¡Bendito es el que escucha!"

Concluida la cena, cogió el castellano una vela y alumbró, y llevó él mismo, á sus huéspedes, al mejor aposento del Castillo, donde ricas camas doradas con colchones de damasco estaban dispuestas. Más los religiosos se negaron á dormir en ellas, diciendo que jamás descansaban sino sobre paja.

Entonces el Señor bajó á la caballeriza, y volvió cargado de paja que extendió en el suelo.

—Padre (dijo, rompiendo con un generoso esfuerzo el hielo de su corazon), yo quisiera volver á Dios; pero es imposible que el Señor me perdone mis iniquidades.

—Aunque vuestros pecados (repuso el misionero), excediesen en número á los granos de arena del mar, á las gotas de agua de las nubes y á las estrellas del cielo, todos los borraría el arrepentimiento y los perdonaria la clemencia

de Dios; por eso el pecador endurecido no tiene disculpa, y eso es lo que formará su eterna desesperacion.

Entonces el castellano, arrodillándose, confesó sus pecados, mientras que abundantes lágrimas de contricion caian de sus ojos sobre la paja en que se habia arrodillado.

Cuando el misionero, despues de dar gracias al Señor Misericordioso, se quedó dormido, sintióse transportado ante el divino tribunal. La eterna justicia tenía en la mano la balanza que pesa el bien y el mal; una alma iba á ser juzgada: era la del castellano. El espíritu infernal, con insolente triunfo, puso en una balanza el cúmulo de iniquidades. Los ángeles buenos se cubrieron la cara con horror y compasion. El alma gimió con dolor. Entonces se acercó el ángel de su guarda, ese ángel tan dulce, tan paciente y tan bello, ese ángel que nos pone el arrepentimiento en el corazon, las lágrimas en los ojos, la limosna en la mano, la oracion en los labios; traía algunas pajitas mojadas de lágrimas, y las puso en el plato opuesto de la balanza.

El alma se salvó.

Cuando el religioso se levantó á la mañana siguiente, halló el castillo en consternacion.

Preguntó la causa.

El castellano habia muerto aquella noche.

EL VIZCONDE DE ***

REVISTA DE LA QUINCENA.

La verdadera paparrucha.

Eso es la lucha electoral, según acaba de decirnos *El Correo*, órgano del Gabinete que preside D. Práxedes Mateo Sagasta; y aunque á nosotros la noticia no nos coje de sorpresa, tomamos oportuna nota, para presentarla al diario liberal cuando nos pondere las excelencias del sistema y las victorias de la opinion pública.

Mas ¿por qué calificó, el referido periódico, de *verdadera paparrucha*, esa gran conquista de las modernas sociedades? Pues sencillamente porque propuesto su Director para Diputado adicto por esta villa y córte, eliminaron su gracia en varias candidaturas impresas, por uno de aquellos juegos de cubiletes que practican los adoradores del dios sufragio.

La causa nos parece pequeña para confesion tan grande. ¿Qué diria *El Correo* si su Director fuera ahora aspirante de oposicion y lo convirtieran en objeto de todas las iras gubernamentales? Fíjese, si gusta, en los recursos que há empleado el Gobierno en toda España, que sobre poco más ó ménos son los mismos de otras veces, y no se indigne tanto por lo que pudiéramos llamar un rudimento del arte.

Las elecciones políticas hán sido siempre una farsa en nuestro país y esto lo sabe ya todo el mundo: de aquí que nadie crea en ellas y que los hombres honrados las miren con aversion cada vez más creciente, lo cual es origen de que al campo electoral no acudan más que los audaces.

¿Será preciso añadir que los males de España no pueden curarse con una *verdadera paparrucha*?

Bendiciones y maldiciones.

Doña Sinceridad Electoral dió ya á luz el fruto de sus entrañas, y los españoles, que vivíamos en triste orfandad, tenemos ya á estas horas, en números redondos, cuatrocientos Padres de la Pátria. Las elecciones se hán verificado en el día de ayer, entre las bendiciones de los victoriosos y las maldiciones de los derrotados.

Las conferencias de los Gobernadores con el Ministro del manubrio, y de los Alcaldes con los Gobernadores de la máquina; los muertos que votan y los vivos que no pueden votar; los palos en unos pueblos, y en otros los tiros y las asonadas; los sufragios aquí vendidos y los sufragios allá comprados; los pobres estanqueros y peatones, danzando como polichinelas en el trampolín; los municipios, sufriendo inspecciones, multas y cesantías; las fábricas de noticias fal-

sas, movidas al vapor, funcionando en todos los distritos; los nombramientos de empleados, las condonas de multas y las concesiones de mercedes, firmándose con fechas atrasadas; las denuncias de edificios, que gozan buena salud; la clausura de comercios, que no están abiertos legalmente; los contrastes de pesos y medidas de todos los establecimientos de comercio; las investigaciones; á los contribuyentes por territorial, industrial, cultivo ó ganadería, para ver si pagan lo justo; los expedientes de carreteras, ferro-carriles y pantanos, para los pueblos, á quienes una vez más se les promete lo que no se les há de cumplir; la moralidad, la libertad y la seguridad de los ciudadanos en constante peligro; las demandas de protección gubernamental en los ministeriales y las quejas de los opositoristas, que contruidos sin duda á prueba de sorpresas, tocan el cielo con las manos, asombrados aparentemente por tanta vergüenza: y en suma, todo eso que constituye la vida política, en tiempo de elecciones, há concluido ya.... ¡Acabamos de ejercer la soberanía de los hombres libres, tenemos Diputados y somos dichosos!

¿Y cuál fué el resultado? De esto no hay que hablar. ¡Estaba previsto! Salvo pequeñas diferencias lo dimos ya á nuestros lectores en el cuaderno anterior de LA RESTAURACION. El Gobierno há triunfado, no sin dejar la parte convenida á las oposiciones.

En Madrid la derrota fué para los recién desposados, ó sea para la derecha heterodoxa y la izquierda dinástica, representadas por los Sres. Romero Róbledo y Lopez Domínguez.

¡En cambio triunfó D. Nicolás Salmeron en la capital de España!

¿Pero es que las elecciones de ayer hán sido más inmorales, más indignas, más violentas que las de otras veces? En obsequio á la verdad, hemos de decir que nó; bien que esto debe atribuirse á que el Gobierno cada año necesita apretar ménos los tornillos: España es un país de empleados y de expedientes, y cuantos viven de lo primero ó tienen de lo segundo (que son cuasi todos los españoles) saben de sobra que no conviene enemistarse con el que manda; sistema que aprenden ya los pueblos, votando al candidato ministerial, sea quien fuere, para ahorrarse vejaciones. A este paso llegará muy pronto el día en que el Ministro de la Gobernacion nada tendrá que hacer para contar con eso que llaman opinion pública, que será siempre suya; y entonces se habrá dado un gran paso para el nombramiento de diputados de Real orden, sistema que desmoralizará ménos y economizará más, prescindiendo de coronas de talco y otras mil zarandajas é hipocresías.

Explicacion innecesaria.

Tal concepto nos merece, cuando ménos, la que en la siguiente nota oficial se dá, con la firma del propio autor, á la carta del Sr. Navarro Villoslada, que publicamos en nuestro número último:

—"Al confirmar, por escrito, el señor Duque de Madrid, el telegrama en que aprobaba mi carta del 12, dirigida á *El Siglo Futuro* y *La Fé*, sobre la sumision y reverencias debidas á los Prelados de la Iglesia, y al investirme de plenos poderes para llevar á cabo tan importante obra, no há modificado en lo más mí-

nimo, como generalmente se há creído, la resolución de dirigir personalmente la política de la comunión monárquico-religiosa; antes bien, se ratifica en dicho acuerdo, al valerse de persona tan indigna como yo, sólo para este asunto

"Ahora desea el Sr. Duque de Madrid que explique y comente, con toda claridad, con interpretación auténtica, el alcance de las instrucciones dadas á la prensa tradicionalista respecto á la cuestión llamada de los Obispos, y creo que nada más preciso y terminante puede decirse sobre el particular que transcribi^r las palabras del secretario del augusto Príncipe, al darme cuenta de la aprobación de mi carta.

"—Celosísimo como nadie (dice) del principio de autoridad, quiere el Duque de Madrid que éste sea mantenido en todos los terrenos. Por eso recuerda á los carlistas que en el religioso no hay más voz docente que la de los Obispos, en unión con la Santa Sede, y que ellos no es lícito discutir cuando hablan de doctrina ó de moral; pero sostiene con V., al propio tiempo, que en el terreno de la acción política sólo á la potestad temporal incumbe dar órdenes, y quiere conservar intégrrimos sus derechos, incólume su autoridad."—

"Algunos periódicos católico-traditionalistas han creído ver, en mi carta, sin duda por lo único que en ella hay mio, que es lo torpe de la ejecución, una lección y censura de sus escritos, y al través de ella cierta política nueva dispuesta á transigir y pactar con el enemigo. No es así: en la reabsorción de fuerzas sociales, que á la vista de todos se está verificando en estos últimos tiempos hácia los polos de la política, nada habría más opuesto al triunfo de la verdad como el obscurecerla ó disimularla cobardemente. En la luz está la atracción.

"El Duque de Madrid no quiere prescindir de nadie, desea el concurso de los amigos de ayer, como de los de hoy y de mañana; y para llamar á todos, para dar á todos garantías de sólida paz y orden verdadero, está extremando la dulzura y la magnanimidad, pero al mismo tiempo no cede, ni puede ceder, en la integridad de los principios que representa, porque son la verdad y unifican las inteligencias de todos los que sincera y realmente la aman. Estos principios están formulados en la Encíclica *Inmortale Dei*, que há venido dichosamente á confirmar el magnífico documento de una ilustre Princesa, D.^a María Teresa de Braganza, publicado recientemente en nuestra prensa. Consignados están asimismo en dos mensajes dirigidos no há mucho, uno de ellos al Duque de Madrid, y el otro á Su Santidad el Papa Leon XIII, quien se dignó de aprobarlos y de bendecir á sus autores. Opónense á estos principios los errores del liberalismo católico, desconocido en España hasta nuestros últimos tiempos, y las sofísticas especies proferidas por los que tratan de conciliar el catolicismo con el derecho nuevo, suprimiendo la inmensa distancia que media entre la política cristiana y la liberal conservadora.

"Lejos de condescender ó transigir, ni aun en lo más mínimo, con los que profesan tamaños errores, hé consignado en mi carta el concepto más radicalmente contrario á la doctrina liberal, diciendo que á la Iglesia pertenecen el Magisterio y la Jurisdicción, siquiera sea indirecta, en todo el orden político: á que pudiera añadirse el derecho de la Iglesia á imperar y exigir de la potestad civil los actos conducentes al bien de la Iglesia misma y á la salud de las almas.

"No sólo no hé pretendido dar lección ninguna á la prensa tradicionalista,

la cual profesa noblemente esta verdad consignada del mensaje que tuve el honor de dirigir al señor Duque de Madrid, sino que mi intento fué poner de relieve esas verdades, para sacar de ellas la aplicacion conveniente, en algun caso particular, de faltarse á la reverencia debida á los venerables Obispos. No ha habido aquí tampoco censura de la prensa tradicionalista en general, que conoce y practica esta doctrina, ni de ninguna publicacion en particular, pues deliberadamente á ninguna hé nombrado. Mi intento fué advertir el peligro, y conjurar á todos, como les conjuro, por el amor de la santa causa que defendemos, á vivir en santa paz y armonía con los Príncipes de la Iglesia, por medio de la proclamacion de la verdad de suyo intransigente, y de la humildad, de la abnegacion, de la renuncia completa á todo amor propio y defensa de nosotros mismos, aunque nos creyéramos con derecho á ella.

"Estribando en tales principios, y poniéndolos por obra, nada debe temerse en la propaganda de la política católica, representada y mantenida en España íntegramente por la comunión tradicionalista, y sólo por ella, con exclusion de todos los partidos y fracciones en que se divide el campo liberal, inclusa la que se gloria de tomar, aunque en vano, el nombre de católica.

"Una vez encauzadas las corrientes, más ó ménos caudalosas, que hayan podido desbordarse, los deseos del señor Duque de Madrid son los de volver á los tiempos en que la prensa tradicionalista, ferviente auxiliar de los Prelados en toda obra católica, se consagraba á la defensa de la religion, de la patria y de la legitimidad, sin el menor roce con los Pastores, Jueces y Maestros, ni confusion con los partidos llamados *afines*; porque el carlista, ó há de ser como es, ó no há de ser.

"De órden del Duque de Madrid, encargo á todos los periódicos tradicionalistas que reproduzcan estas líneas.

"FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

"Madrid 26 de Marzo de 1886."—

Como el primer escrito del Sr. Navarro Villoslada era completamente claro, há ocurrido (y con pena lo reconocemos), que la interpretacion innecesaria sólo sirvió para hacer el texto dudoso. De aquí el parecer, sobrado general por desgracia, entre amigos y enemigos, en punto á que el comentario semeja á nueva ley, y más que ratificacion resulta una rectificacion de aquella; á lo cual há contribuido no poco el hecho de haber dado á luz *El Intransigente*, de Zaragoza, un párrafo de una carta, recibida directamente de Venecia, que á la letra dice así:

—"Antes de concluir, haré observar á Vd. que es preciso evitar todo equívoco en lo que digo respecto á los Obispos, y que la declaracion de Villoslada, aprobada por S. M., no supone de ningún modo que los Obispos puedan mandarnos en política. Nó, nada de eso; y si se ponía alguno de ellos en ese terreno, no hay que obedecerle. En lo único que se reconoce la autoridad y magisterio episcopales, es en la doctrina y en la moral, y lo único que se ordena á nuestros periódicos, es que no invadan ese terreno, y no molesten á los Prelados con discusiones metafísicas y teológicas; pero repito una vez más, que si un Obispo se permitiera darnos órdenes en política, no se discutiría con él, pero tampoco se le obedecería."—

A nosotros, que aplaudimos sinceramente el primer acto del Sr. Villoslada, suponemos que nos será lícito afirmar, sin ofensa de nadie, que *esto no es aquello*; ó al ménos no se le parece. Es más; nosotros creemos que la última frase del párrafo transcrito no puede defenderse, por dos razones: *primera*: porque no es lícito separar tan en absoluto la religion y la política; *segunda*: porque no corresponde á los seglares marcar los límites que separan, á la política, de la religion.

Aunque nuestro vivísimo amor á la paz nos hace sacrificar muchos detalles y consideraciones, nos creemos obligados á decir á nuestros lectores que, segun *El Siglo Futuro*, "no há habido cambio de ningun género, sino que siguen las cosas por donde iban, por donde no pueden ménos de ir;" razon, por la cual, no há publicado, sin duda, la siguiente nota que hemos leído últimamente en *La Fé*:

—"No pudiendo, ni debiendo hacerse responsable, la comunión monárquico-religiosa, de las palabras con que se despide de sus lectores *La Ilustracion Popular Económica*, de Valencia, las repruebo, en nombre del señor Duque de Madrid, como contrarias á la norma de conducta que se há dado á los periódicos tradicionalistas; á los cuales prevengo, que mientras no se me retire la autorizacion, que para el caso hé recibido, no dejaré pasar en ellos sin correctivo, ó público ó privado, segun las circunstancias lo requieran, ningun acto de censura ó de irreverencia á los Prelados, á quienes el Espíritu-Santo há puesto para gobernar su Iglesia.

"FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

"Madrid 31 de Marzo de 1886."—

Tenemos mucho gusto en poder terminar, por hoy, esta triste historia, enviando un aplauso, por su última resolución, al digno representante del señor Duque de Madrid.

El Arzobispo de Manila.

¿Se acuerdan, nuestros lectores, de aquella historia de vergüenzas y desdichas, que ocurrió en Yap? Un testigo de mayor excepción acaba de relatarla ahora en un periódico; el teniente Sr. Torrejon, que fué quien izó la bandera española en la noche de la llegada de los alemanes; y aunque algo rectificará, sin duda, el Sr. Capriles, que há venido á España á pedir la absoluta, para poder hablar claro, no estará de sobra que tomemos nota oportuna de lo que dice el primero de dichos marinos.

El teniente Sr. Torrejon refiere que la llegada del *Illis* á Yap, al obscurecer del día 26 de Agosto, fué recibida con sorpresa al par que con recelo por toda la oficialidad y tripulacion del *San Quintin*, pero que nada se hizo. Cerró la noche, y estaban ya comiendo en el camarote los oficiales, cuando se presentó un oficial del barco alemán, vestido de gala, no obstante el diluvio espantoso que caía, preguntando por el comandante español.

La escena fué la siguiente, segun despues refirió al teniente Torrejon el señor España, pues el Sr. Torrejon no pudo presenciársela.

Enterado el oficial alemán de quién era el comandante del barco español, se

dirigió á él, diciéndole:—"Que iba á participarle que á las seis y media de la tarde habia tomado posesion de las Carolinas en nombre de S. M. el Emperador de Alemania."—

Entonces el Sr. Capriles tomó la palabra, y le dijo:—"Que le sorprendia la noticia, porque el dia anterior, á las cinco y media de la tarde, se habia izado nuestra bandera."—

Y á su vez le repuso el aleman:—"Que á él le sorprendia más la noticia, cuanto que sabia que tenía invitados á los europeos residentes en Yap, para el dia siguiente, á las cuatro de la tarde, para asistir á la toma de posesion." (Lo cual era cierto), manifestándole además "que nadie habia visto nuestra bandera, y que de su toma de posesion tenía un acta formal, firmada por varios reyezuelos y europeos."—

Contestó el Sr. Capriles "que para lo que les habia invitado era para la fiesta, que habia dispuesto para celebrar la toma de posesion."—

Advirtióle el Sr. España que se callase. (Esto dicho por señas.) Se retiró el aleman; se devolvió la visita.

El teniente Sr. Torrejon cuenta lo que sucedió despues de esta escena, que acentúa ya la desorganizacioa que reinaba entre los españoles, y dice que cualquiera puede figurarse en tripulaciones españolas si habria alboroto, y especialmente en la camareta de guardias marinas, pues el que ménos se comia seis alemanes.

A las ocho y media supo que el médico Espina, un alférez de navío, un contraestre y cuatro marineros habian bajado á tierra para poner el mástil de la bandera, cosa á la cual no debia resignarse. Le llamó enseguida el señor Capriles, y en el camarote del Sr. España, á su presencia, la del Sr. Bayo, contraestre del *Manila* y el Sr. Godinez, le dijo:

—"Vá Vd. á bajar al sitio que Vd. conoce, donde encontrará á Espina y al alférez N.; tendrán puesto el mástil; ellos tienen orden de izar la bandera á las cuatro de la madrugada, pero así que Vd. suba se iza desde luego. Si acaso le pregunta á Vd. en buena forma cualquier europeo "que desde cuándo está izada la bandera, dice Vd. que desde ayer á las seis de la tarde."

A las nueve de la noche ya estaba hecho cuanto queda dicho.

A las siete de la mañana subieron á relevarlo los disciplinarios, mandados por el teniente D. Primitivo Herrero, con orden de que se quedasen en el *Manila*, por haberse así decidido; subió á dicho buque. dió parte al Sr. Capriles, manifestándole el buen espíritu de los soldados, y los guardias marinas le refirieron que se habia quedado en que el *San Quintin* y el *Iltis* fueran á Manila y participaran los hechos á sus Gobernadores respectivos para que decidiesen, quedando ellos allí esperando la resolucion.

Más no debió ser verdad esto, cuanto que á las dos se presentó el alférez Lopez Cedenilla en el barco, y al preguntarle Torrejon cómo estaba allí, pues no habia subido el teniente Herrero, le contestó que le habian mandado arriar la bandera, y bajar con la fuerza al *San Quintin*, por haberse dispuesto que regresasen todos á Manila.

Dijo además que se lo comunicó un guardia marina de orden del Sr. Capriles, y que en el camino encontró otro con la misma orden (todas verbales).

Entonces ya se susurró que, habiendo preguntado el comandante del barco

aleman "cómo había amanecido una bandera española en territorio español (suponemos que el Sr. Torrejon quiere decir aleman), amenazó con echarla á *cañonazos al suelo* si no se arriaba;" y en vista de esto, tomó el mando absoluto el Sr. España, el cual, no queriendo ser responsable de una ruptura de hostilidades, ordenó se arriase la bandera y volvieran á Manila. El Sr. Torrejon añade:

—"El que ménos de nosotros *sintió vergüenza*; yo, ménos prudente, la traduje en palabras agresivas á cuantos ví y se ponian á mi alcance."—

Aquella noche (26) zarparon de Yap. Ni aún se detuvieron al ver el vapor *Don Juan*, que es el que lleva la correspondencia á Marianas, pero que desde luego supusieron iba á Carolinas, y que, por consiguiente, algo importante podría decirles, sin saber por qué razon no se pusieron al habla.

En Manila vieron fondeado al *Velasco*, y sus oficiales les dijeron que habian estado dos días dispuestos para salir (tal vez hubieran llegado á tiempo) y avisarlos é incorporarse á ellos.

Hasta aquí el Sr. Torrejon, que es buen testigo y no explica más, sin duda porque no puede, pero que dice bastante, y aun sobrado, para que nos llenemos de tristeza como españoles.

—¡Pero por qué sirve de título á estos párrafos, el nombre ilustre del señor Arzobispo de Manila?

—¡Pues muy sencillo! Porque de toda aquella historia lamentable no queda, digno del aplauso de España, más que la ejemplarísima conducta del sábio y virtuoso fraile dominico, que en los momentos de confusion general reunió ropas y conestibles en abundancia para las Palaos, y envió allá misioneros á conquistarlas moralmente para la madre pátria; y cuando todo pasó, supo reunir cerca de dos millones y medio de reales, segun acabamos de saber, para la construccion de un barco que surcando los mares llevara por doquier una demostración más de lo que es la Religion de Jesucristo y de lo que en honra de la Iglesia y por España sabe, quiere y puede hacer el dignísimo Arzobispo de Manila.

¡Cuatro mil candidatos!

Como la verdad en lábios de sus enemigos tiene mucha más fuerza que en los de sus defensores, conviene reproducir aquí el siguiente artículo de *El Imparcial*, deplorando que no acabe de ver claro quien así sabe escribir:

—"Gracias á las estadísticas que contaron el número de pulmonías que habia en Madrid, haciéndolas ascender á 4.000, sabemos que tambien son 4.000 los candidatos que aspiran á representar en las Córtes á sus conciudadanos. Como los distritos son muy pocos para tantos aspirantes, es de suponer qué lucha será la que sostengan éstos por obtener el triunfo; qué lujo de actividad; qué despilfarro de ingenio; qué agotar la inventiva para conseguir ventajas primero y él éxito despues. Unos viajan por los distritos, otros por los despachos de los altos funcionarios, éstos solicitan el apoyo de este ministro, aquél lleva los bolsillos llenos de notas de recomendaciones para destinos vacantes; mientras hay quien pide la cesantia de todos los estanqueros de su presunto distrito, hay quien emprende su campaña de propaganda. ¡Qué ir y venir! ¡Qué derroche de notas! ¡Qué diluvio de combinaciones!... En los ministerios, en el salon de conferen-

cias, en los cafés, círculos y tertulias, en las aldeas y en las capitales, en la sala consistorial del villorrio y en la biblioteca del Ateneo, en el departamento de un wagon de ferro-carril y en la senda que cruza los campos, en todas partes se ventila el mismo asunto ¡distritos! y se pretende el mismo Vellochino de Oro ¡un acta!

"Y todo se inspira en la misma lucha y todo se eslabona en el mismo interés, el artículo del periódico, el chiste con que se venga un despechado, la visita que hace un tirano rural, la carretera que se proyecta y el ferro carril que se planea. Esto último sobre todo. Porque parece que, cuando llegan las elecciones, España vá á ser un país surcado por vías de todo género y categoría, y en los sueños de los candidatos pasa una locomotora que vá echando humo, credenciales y votos.

"Buena fuera tanta actividad si se encaminara á excitar al cuerpo electoral y si revelase un gran interés en los electores por contribuir á la formacion de las Cámaras. Pero desgraciadamente no es así: el núcleo de esa vorágine es el gobierno, que es á quien se le pide todo: las credenciales, el apoyo, la opinion, y en último término, el acta.

"Sea como fuere, los españoles no merecen estos días el dictado de *faineants* con que nos estigmatizó Dumas. Nada de eso: ni el inglés ni el norte-americano trabajan con el celo, con la actividad, con la constancia que esos 4.000 candidatos, muchos de los cuales transnochan para pedir destinos, sueñan urnas mágicas y madrugan para obtener destituciones de Ayuntamientos.

"Lástima que toda esa actividad no se emplee en las faenas necesarias para la vida nacional. Si los esfuerzos y el dinero que se gastan en las elecciones se aplicasen á un objeto de los que merecen los desvelos de los patriotas, ¡cuánto progresaríamos!

"De que así no sea, de que ese febril entusiasmo sea fuego de paja encendido un día y apagado al otro, y de que esa actividad se canse estérilmente, tienen la culpa en primer término los gobiernos, que no la dan direcciones útiles y luego los partidos todos que no la encauzan con rumbo á los destinos futuros de la nacion."—

¿Pero qué hán de hacer los Gobiernos á la moderna, siempre asediados por los partidos, y los partidos siempre dividiendo y desmoralizando á la Nacion? ¿Cree posible *El Imparcial* otra cosa con este sistema? ¿Cree posible un Gobierno tan tonto que pierda unas elecciones? ¿Cree posible un país tan santo que teniendo unas elecciones cada día, no acaba al fin por corromperse?

No lo dude *El Imparcial*. Nuestros hijos ó nuestros nietos hán de *pasmarse* de nuestra ceguedad estupenda y el parlamentarismo es una farsa que ha de desacreditarnos ante las generaciones venideras.

Sintomas graves.

Debemos tomar nota de algunos que observamos en el horizonte de la política española, porque en esta tierra jugar con Generales fué siempre jugar con fuego, y claramente se vislumbran nubecillas de las que anuncian tempestad.

Con motivo de la separacion de mandos civiles y militares, que el Ministro de Ultramar proyecta en nuestras posesiones, reuniéronse varios generales de

diversos partidos, pocos días há, y acordaron que por conducto del Sr. Martínez Campos, se participase al Presidente del Consejo de Ministros la opinion resueltamente contraria de los altos jefes del ejército. Esto lo que fuere sonará.

Pero lo que há sonado ya, por otra parte, es que para solemnizar el santo del Sr. Lopez Dominguez se reunieron, en casa de éste, más de veinte oficiales generales, oyéndose brindis muy entusiastas y cariñosos.

Y como dicho señor es el jefe de la llamada *izquierda dinástica* (¡vaya un nombre!) y casó á la niña con el galan despedido por los de la derecha, bueno será que nos fijemos en dos párrafos de los discursos pronunciados por los padres de las criaturas, al contraer solemnes esponsales, en faz del Champagne espumoso y de los dulces consabidos.

Hé aquí algunas palabritas del general Lopez Dominguez, que en punto á claras, dejan poco que desear:

—"Convencidos de que se nos declaraba la guerra, nos aprestamos á la lucha y concertamos la inteligencia con los que se encontraban en análogas condiciones.

"Hoy por hoy no hay más. Que obedeciendo al desarrollo de los sucesos y andando el tiempo, la coalicion de ahora adquiera otro carácter, eso queda al tiempo y á la consecuencia.

"Mantenemos firmemente nuestra bandera y no pararemos hasta que no queden garantidos en la Constitucion los derechos individuales. Y que no se busque mi origen ni mis antecedentes políticos. Me considero más demócrata que todos los que me niegan ese título.

"Para ser demócrata, basta con haber votado la Constitucion de 1869 y no arrepentirse de ello, y yo no me arrepiento.

"Perseguimos, pues, sin descanso, la reforma constitucional, que esto es más seguro que no una ley que puede desaparecer con un cambio de Gobierno." —

Ahora pueden nuestros lectores enlazar esos párrafos del general Lopez Dominguez con el siguiente del Sr. Romero Robledo:

—"La lucha electoral há sido el objeto que nos há llevado á concertar ciertas inteligencias con el partido izquierdista, las cuales, *por ahora*, no tienen otro alcance que la del mútuo auxilio en la próxima lucha electoral; pero acaso, andando el tiempo, estas inteligencias lleguen á más extensos fines, porque *me hallo dispuesto á hacer cuantas concesiones sean necesarias* en bien del país y de la monarquía." —

Algunos, con este motivo, preguntan en verso para no asustarse:

Allá vá la nave.

¿Quién sabe dó vá?

Nosotros, más inmodestos y prosáicos, decimos sencillamente que nos lo presumimos.

Sólo falta que los socialistas y los anarquistas, que libremente se reunen en Madrid, se pongan de acuerdo con los de Bruselas, y ya verán ustedes en qué vienen á parar los versos, los brindis y las risas.

¡Y los hombres de bien cada vez más divididos, más enemistados y más ciegos!

¿Cómo se llama esto, si no se llama castigo de Dios?

JEREMÍAS.

EL SEÑORIO DE VIZCAYA

POR

D. ARISTIDES DE ARTIÑANO,

Secretario honorario del Gobierno Universal del Señorío y Corresponsal de la Real Academia de la Historia.

Esta obra, elegantemente impresa, forma un volúmen, en octavo mayor español, de más de 500 páginas, de letra clara y compacta, con una cubierta de colores, adornada con el sello del Señorío.

Precios: 4 pesetas en rústica, y encuadernado á la inglesa 5 pesetas 50 céntimos.

Puntos de venta: En Madrid, Despacho central de la Biblioteca de *La verdadera ciencia española*, Arenal, 15; en Bilbao, Librerías de Astuy y Emperail; en el resto de España, en casa de los corresponsales de aquella Biblioteca.

OBRAS

DE

D. ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

Tomo primero: Biografía, pensamientos y poesías.

Tomo segundo: Discursos políticos y académicos.

Tomo tercero: Artículos de Revistas y Diarios.

Tomo cuarto: Opúsculos.

Tomo quinto: Escritos forenses.

Se halla de venta, toda la obra, al precio de *veinticinco pesetas* en las principales librerías de España.

Los suscritores á LA RESTAURACION recibirán los cinco tomos por veinte pesetas, remitiéndonos directamente el importe.

ENSAYO TEORICO

DE

DERECHO NATURAL

POR EL

RDO. P. LUIS TAPARELLI,

de la Compañía de Jesús.

SEGUNDA EDICION.

Esta interesantísima y utilísima obra que todos los católicos debían estudiar, consta de tres volúmenes en 4.º, y se halla de venta en la librería de San José, Arenal, 20, Madrid.

Precio: 15 pesetas.

HORAS DE VACACIONES

CUENTOS MORALES PARA LOS NIÑOS

POR EL

P. CONRADO MUIÑOS SAENZ.

AGUSTINO.

Forma un hermoso tomo en 8.º, con hermosos tipos, excelente impresión y encuadernación de lujo, muy á propósito para regalos á los niños de ambos sexos y premios en los Colegios de primera enseñanza.

Precio: 1 peseta 50 céntimos.

Los pedidos al Convento de Religiosos Agustinos de Valladolid.

LA RESTAURACION

REVISTA POLÍTICA INDEPENDIENTE,

FUNDADOR Y DIRECTOR: FRANCISCO DE P. QUEREDA.

Se publica en los días 5 y 20 de cada mes, formando cada número un cuaderno de 72 páginas, encuadernado á la rústica, y cada trimestre un tomo, con su portada é índice correspondientes. Contiene artículos doctrinales políticos y literarios, polémicas científicas y religiosas, datos para la historia, pensamientos de los grandes ingenios cristianos, monografías, leyendas, bibliografía y la revista de la quincena.

PRECIOS DE SUSCRICION.

ESPAÑA.

Trimestre, 5 pesetas.—Semestre, 10 pesetas.—Año, 20 pesetas.

ULTRAMAR Y EXTRANJERO.

Trimestre, 10 pesetas.—Semestre, 20 pesetas.—Año, 40 pesetas.

Se entienden estos precios haciendo directamente el pago, por medio de letras, libranzas del Giro Mútuo del Tesoro ó sellos de correos; pero tendrán un aumento de diez por ciento si se verifica por conducto de los correspondientes.

Los señores de Madrid bastará que manifiesten, por el correo interior, su deseo de ser suscritores, para que se les sirva LA REVISTA y se les pase el recibo oportunamente.

El importe será siempre anticipado, y no se servirá suscripción alguna sin que el precio del abono se halle satisfecho.

Toda la correspondencia deberá enviarse al señor Director de LA RESTAURACION, Serrano, 64, segundo, Madrid.

CORRESPONSALES. *Alcoy*, Administración de la *Revista Católica* y librería de Antonio Gimeno.—*Andújar*, librería de Bclido.—*Astorga*, librería de Corrales.—*Barcelona*, librería de Eudaldo Puig.—*Bilbao*, librería de Astay.—*Burgos*, librería de Villanneva.—*Canarias*, librería de Antunez.—*Córdoba*, librería de García Lovera.—*Coruña*, librería de Lago.—*Durango*, librería de Ozollo.—*Elohe*, librería de Azuar.—*Gerona*, librería de Palahi.—*Lérida*, librería de Sol.—*Lorca*, librería de Delgado.—*Logroño*, librería de Ruiz.—*Mahon*, librería de Gelabert.—*Murcia*, librería de Almazan.—*Orense*, librería de Perez.—*Oviedo*, librería de Fernandez.—*Palencia*, librería de Rincon.—*Palma de Mallorca*, librería de Güasp.—*Pamplona*, librería de Bescansa.—*Salamanca*, librería de Gurruchaga.—*Santander*, librería de Ramon.—*San Sebastian*, librería de Aramburu.—*Santiago*, librería de Escribano.—*Sevilla*, librería de Fé.—*Tafalla*, librería de Marimon.—*Teruel*, librería de Abad.—*Toledo*, librería de Villatoro.—*Tortosa*, librería de Isuar.—*Trujillo*, librería de Acado.—*Tuy*, librería de Olano.—*Valencia*, librerías de Martí, Badal y Aguilar.—*Valladolid*, librería de Rodriguez.—*Vitoria*, librería de Robles.—*Zamora*, librería de Tobarés.—*Zaragoza*, librería de Gasca.

NOTA. Los autores y editores de obras que deseen que LA RESTAURACION emita su juicio sobre ellas, recomendándolas, si en nuestro concepto lo merecen, se servirán remitirnoslas; entendiéndose que nos reservamos nuestra independencia de criterio y al recibirlas sólo nos obligamos á aplaudir ó censurar segun nuestro leal saber y entender.